FELIPE SASSONE

El intérprete de Hamlet

TRAGICOMEDIA ORIGINAL

en cuatro actos en prosa, con un prólogo en verso



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

Para Tomás Borrás,
que [illegible] cariño [illegible], cumpliendo
con un deber de amistad y haciéndome
en buena [illegible] — ¡el orden de tu pluma! —
la amistad y la admiración que le
tengo

Felipe

EL INTÊRPRETE DE HAMLET

EL INTÉRPRETE DE HAMLET

TRAGICOMEDIA ORIGINAL

en cuatro actos en prosa, con un prólogo en verso

DE

FELIPE SASSONE

Representada por primera vez en el TEATRO PRINCIPAL de Zaragoza, el 11 de Enero de 1915, y estrenada en Madrid, en el TEATRO DE LA PRINCESA, el 1.° de Octubre del mismo año

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

A Francisco Morano

En horas angustiosas para mí, la generosidad de usted acogió esta pobre tragicomedia, y su talento dióle interpretación maravillosa que yo nunca pude sospechar, obteniendo usted un triunfo en el cual la bondad del público y de la crítica quiso también envolverme.

Le dedico a usted esta obra. Es la que yo más quiero, no por sus méritos literarios, que ninguno tiene, sino porque se la dicté a la dulce compañera de mi vida, que murió el 11 de Enero, la misma noche en que EL INTÉRPRETE DE HAMLET *era estrenado por usted en Zaragoza.*

¡Pobre Amelia! Ella era llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, y estaba hecha de inteligencia, de bondad, de modestia, de amor, de ternura y de sacrificio. Ella era la luz de mi mente, el calor de mi sangre, la música de mis canciones, el ritmo de mis versos, el aire de mis suspiros, y durante mis vigilias, bajo la lámpara del hogar, en mis cuartillas, cándidas como su alma, escribió mi pensamiento con los lirios de sus manos, mientras sobre mí se cernía el vuelo

de su amor, como un orgullo, como una seguridad, como un descanso.

Si ella hubiera podido admirar la insuperable creación que usted ha hecho de esta obra, me hubiera aconsejado que se la dedicase. Yo así lo hago, y al poner el nombre de usted en la primera página, cumplo con un agradable deber de gratitud y de amistad y le uno a usted para siempre al recuerdo más dulce y más triste de mi vida.

Felipe Sassone.

Madrid 2 de Octubre de 1915.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL PRÓLOGO	Francisco Morano.
MARTA	Amparo F. Villegas.
MARÍA	Pilar Martín Gómez.
JOSEFINA	María Santoncha.
JUANA	María Robles.
MIGUEL	Francisco Morano.
ROBERTO	José Latorre.
GABRIEL	José Monteagudo.
DON PEDRO ARNÁEZ	Benito Cobeña.
DON PASCUALE	Gaspar Campos.
FERMÍN CABEZAS	Juan Aguado.
FERNÁNDEZ MELLADO	Rafael Rivellés.
DON MARIANO	Víctor Pastor.
EL DOCTOR CALVET	Juan Aguado.
EL DOCTOR ALARIA	Ernesto Alvarez.
EL TRASPUNTE	Julián Arenas.
UN MOZO DE EQUIPAJES	Eduardo Giménez.

Personajes de Hamlet: actores, maquinistas, etc.

La acción en cualquier país de habla española.—Epoca actual

ADVERTENCIAS. Del primer acto a los demás, transcurren veinte años, por consiguiente el actor encargado del papel de **Roberto,** deberá cuidar la caracterización sin alterar el parecido **a sí mismo.**

La pronunciación del **Pascuale** está figurada.

El **Fermín Cabezas,** no es de un país determinado de la América española; es un símbolo cómico, del confereciante y literato hispano-americano, en general. El actor cuidará de dar, mezclando el acento de los diversos paises americanos, esta sensación, que es la que corresponde a la inocente sátira del autor.

Ofelia ha de aparecer con flores en la cabeza y con el pelo suelto, como en el acto de la locura de la tragedia de Shakespeare.



PRÓLOGO

A telón corrido. Vístase de frac

Se iluminará la bateria del proscenio y el actor dirá, detrás del telón

¡Jefe de la tramoya, el paso libre quiero!
No te interpongas, torpe, salgo porque es preciso.
Del autor enviado, voy a ser mensajero
que al público la venia pide para empezar.
Deja el telón echado, yo sabré darte aviso,
cuando termine el prólogo, lo podrás levantar.
(Aparece.)
Señores, perdonadme: Caprichos de un poeta
al antiguo faraute lo visten de etiqueta.
Soy el humilde prólogo, y a vosotros acudo,
antes que de la farsa se descorra el telón,
del autor a traeros respetuoso un saludo,
temblando de esperanza, de miedo y de emoción.
Como el de la farándula, que en su carro sonoro
con trovas y romances de la ficción teatral,
iba de pueblo en pueblo, bajo el beso de oro
del sol, bajo la plata de la dormida luna,
generoso el ensueño y esquiva la fortuna,
por todos los caminos, en pos del ideal.

—

¿Lugar para esta farsa? Cualquier parte del mundo;
la hiel de un desengaño, un misterio profundo,
una duda incurable y un pecado de amor,
tejen en una extraña pesadilla goyesca,
su prieta urdimbre oscura, dolorosa y grotesca,
hecha como la vida, de risa y de dolor.

Tal, si veis que interrumpe lo serio algún donaire,
y que lo trascendente se torna baladí,
no le hagais al poeta que os divierte un desaire
ni lo juzgueis extraño, que la vida es así.
Es a ratos intensa y a ratos aburrida;
según dijo un poeta, con feliz expresión,
«la vida es una burla, divinamente urdida
por un Dios impasible, satírico y burlón.» (1)

—

En la obra que os ofrezco, más que vista, soñada,
rápidas las escenas como en los sueños son:
cuatro lustros transcurren de la primer jornada,
a las demás que integran la representación,
que en la tragicomedia, sin dioses ni coturno,
sin unidad de tiempo, de lugar, ni de acción,
pasa el eterno Cronos, pasa el viejo Saturno,
con veinte años a cuestas por detrás del telón.

—

Como veis por el título, en su obra, original,
glosar el autor quiso aquel drama inmortal,
—por la lujuria, triste; por la venganza, fuerte—
que empieza en la explanada trágica de Elsinor,
donde una pobre vida interroga a La Muerte
y la pálida Ofelia se marchita de amor.
Donde Guillermo Shakespeare, en su meditativo
e irresoluto Hamlet supo simbolizar,
la inquietante tortura de dudar, y estar vivo,
y la infinita pena de ser... y de pensar.
Tal la tragicomedia, huérfana de poesía,
ampárase en la gloria del inmortal inglés,
que juntó la violencia con la melancolía
en el doliente espíritu del príncipe danés.

—

Por el autor, señores, a ofreceros me atrevo
esta obra sin aroma, como un vinillo nuevo
que un humilde poeta escanciar ha querido
de la mente del público, en la copa cordial...
(Hace una transición, amable, uniendo la galantería del gesto a la frase cortés.)

---

(1) Estos dos versos admirables son del gran poeta peruano José Gálvez. Un cariñoso recuerdo que dormía en mi subconciencia, me los hizo escribir, y aquí los dejo, testimoniando una vez más mi afecto y mi admiración a mi paisano y amigo de la niñez.

Si al borbotear del líquido brota un suave sonido,
será... por la sensible finura del cristal.

—

Ya termina este prólogo. No olvideis que en la acción
de esta tragicomedia, sin dioses, ni coturno,
pone el tiempo un paréntesis como una interrupción:
después del primer acto, pasa el viejo Saturno,
con veinte años a cuestas por detrás del telón.
(Dando con la mano en la cortina.)
¡Jefe de la tramoya, vamos, te llegó el turno:
descorre la cortina, y empiece la función!
(Mutis.)





ACTO PRIMERO

Habitación de un enfermo en un sanatorio. Muy blanca, llena de luz y de alegría. Puerta al foro que da a un patio con jardín. Una ventana, una cama, una mesa de noche y una mesita de centro. Es una mañana de primavera. Muebles blancos.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, una enfermera joven y guapa, está arreglando unas flores que pone en un búcaro, sobre la mesa del centro. DON PEDRO, viejo de sesenta y cinco años, entra por el foro derecha con un gran quitasol cerrado

D. PEDRO (Entrando.) Buenos días. (Reparando en la cama vacía.) ¿Y el enfermo?

MARÍA Buenos días, don Pedro. Pues... el enfermo, no está.

D. PEDRO ¿Cómo es eso?

MARIA El doctor lo ha llevado al jardín a dar un paseíto. No tardarán mucho. Si quiere usted encontrarlos... Por allá, después del macizo de rosas...

D. PEDRO No, prefiero esperar.

MARÍA Como usted guste. Yo le haré compañía mientras arreglo estas flores. Son para don Roberto.

D. PEDRO ¿Siempre con su manía, eh?

MARÍA Sí, señor. No tolera que le falten sus flores, y he de ser yo misma, su enfermerita, como él me llama, quien ha de renovárselas to-

das las mañanas. Como a los enfermos nerviosos hay que complacerles, yo me esmero...

D. PEDRO Pero ya debe de estar mucho mejor, cuando le dejan salir.

MARÍA Al jardín nada más, y sólo desde ayer. ¿Cómo no vino usted ayer, don Pedro?

D. PEDRO ¡Ah! Ayer fué un día triste para mí; es decir, más triste, porque los demás días también lo son. Ayer cumplieron dos años que murió mi pobre mujer.

MARÍA ¡Dios la tenga en su gloria!

D. PEDRO Tuve que ir al cementerio y llevar a Miguelito, a mi hijo, a que rezara por su pobre madre. ¡Aquella santa! Era la única flor de mi jardín. Era todo el calor de mi vida. ¡Pobrecita mía! Se fué, se fué...

MARÍA Ya tardaba usted en hablar de lo mismo.

D. PEDRO ¿Qué quiere usted?

MARÍA No, si me parece bien que la recuerde usted. Pero no así, que no hable usted de otra cosa, y se mortifique continuamente... Al fin y al cabo no va usted a remediarlo. Ya es hora de tener otra pena... más tranquila... más resignada... Han pasado dos años...

D. PEDRO Usted es muy joven, usted no puede comprender...

MARÍA ¿Cree usted que no?

D. PEDRO Usted no sabe qué negra nos parece la vida cuando ya no está la compañera que nos alumbraba el camino.

MARÍA ¡Ay, don Pedro! Sí comprendo, comprendo: yo también he querido, ¡y mucho! Yo también he perdido lo que más adoraba en el mundo...

D. PEDRO ¿Usted?

MARÍA Sí. ¿Creía usted que el sufrir era exclusivavamente para usted? No, don Pedro, no: hay mucho dolor aquí abajo, mucho... alcanza para todos ¡y aun sobra!

D. PEDRO ¡Pobrecita!

MARÍA Yo no necesitaba estar en este sanatorio, ni hacerme enfermera, ni trabajar; era rica, estaba de novia, y cuando faltaban muy pocos días para casarme, mi prometido murió, de repente... (Pausa.) Me sentí muy desgra-

ciada, muy sola, sin objeto en la vida... Luego comprendí que la tristeza mortal del amor perdido, es estéril, es como un pecado...

D. PEDRO ¿Como un pecado?...

MARÍA Sí, todos debemos tener una misión que cumplir, algo que justifique nuestro paso por la tierra. Entregarse al dolor y olvidar todo lo demás, es ofender a Dios. Hay que crearse una fuerza y un deber. Por eso yo, por ser útil a mis semejantes, me hice enfermera. Aquí se aprende a ser fuerte, créame usted. Se ven en esta casa tantos dolores, tantas penas. (Transición.) Pero dejémonos de tristezas. Sea usted franco: ¿No es una lástima que una muchacha joven, ni fea ni guapa... vamos, una chica como yo, se quede para vestir imágenes o para cuidar enfermos?

D. PEDRO Según y conforme, eso...

MARÍA ¿Cómo según y conforme? ¡¡Ay, ay, ay, qué desengaño!! yo que esperaba que usted me dijese que sí, que mi renunciamiento era una injusticia...

D. PEDRO Según, María, según; si la persistencia de un recuerdo ..

MARÍA ¡Ca! ¡Eso creí yo, que todo había terminado para mí en el mundo!... ¡¡Pues, no señor!! El corazón es un venero inagotable, y el amor ha vuelto a presentarse en mi camino, tomando la forma de un estudiante de medicina...

D. PEDRO ¡Hola! ¿Con que esas teníamos? ¡Pues que sea usted muy feliz con su doctor!

MARÍA No, don Pedro; no me haga usted caso. Hablo por hablar, por distraerle a usted para que olvide...

D. PEDRO ¡Olvidar! A mi edad es cuando ya no se olvida. Las almas nobles tenemos el culto del recuerdo. Olvidar es un imposible. Además, para el olvido y la alegría, el destino escribió esta palabra en el libro de mi vida: ¡Nunca! ¡Nunca!

MARÍA ¿No dice usted que le quedó un niño?

D. PEDRO Ocho años tiene, y es un encanto... ¡Más inteligente!... Razona como un hombre...

MARÍA — Pues entonces... (Transición.) ¡Anda, ya están aquí los paseantes. (Viendo entrar a Roberto y al Doctor.)

ESCENA II

DICHOS, ROBERTO y el DOCTOR CALVET por izquierda. El Doctor, con su blusa. Es hombre de treinta y ocho años, alegre y amable. Roberto, un muchacho de treinta años, meditabundo y malhumorado

DR. CAL. — ¡Hola, don Pedro!
D. PED. — ¡Querido Doctor! ¡Muchacho!
ROB. — ¿Hace mucho que espera usted?
D. PED. — Acabo de llegar. Tu enfermerita me daba conversación.
MARÍA — Porque no se aburriera...
DR. CAL. — Muy bien. Pues ya ve usted, mi don Pedro, ya tiene usted a su enfermo curado. De paseo y todo... ¿eh? (Muy afectuoso con Roberto.) ¡Ya te vas poniendo hecho un roble, chiquillo!
ROB. — Sí, sí...
DR. CAL. — Claro, hombre; si no te conociera de toda la vida, me asustarías con tu pesimismo. (A la enfermera, que habrá continuado el arreglo de las flores, ahora ya sobre la mesa de noche.) Oiga usted, María, si se va usted dé orden de que me traigan mi cafeterita: la dejé en la sala grande con el café casi hecho...
MARÍA — Sí, Doctor, sí... Con permiso... (Mutis foro izquierda.)

ESCENA III

DON PEDRO, ROBERTO y el DOCTOR CALVET

D. PED. — Es muy simpática esta chica.
DR. CAL. — Y muy inteligente... y muy alegre; de una alegría que esta más en el rostro que en el corazón, y por eso tiene más mérito.
D. PED. — Tengo entendido que es de una familia acomodada.
DR. CAL. — De una familia rica. Un desengaño, un

amorío truncado, la hizo hacerse enfermera; acaso por no ser monja. Dice que necesitaba vivir para los demás, hallar un objeto a su vida. Es un caso de imperativo categórico... ¿Verdad, tú, don Silencioso?

ROB. Sí.

D. PED. ¿Qué tienes? ¿Te sientes malo? (Roberto se encoge de hombros.)

DR. CAL. ¡Cá! No puede sentirse malo. Ya hace quince días que no se presenta ningún ataque nervioso... y puedo garantizar que ya no se presentarán más.

D. PED. (Entre la duda y la alegría.) ¡Doctor!

DR. CAL. Ni uno más siquiera, si se cuida.

D. PED. Por cuanto ha hecho usted, Doctor, muchas gracias.

DR. CAL. ¡No faltaba más! Roberto es un amigo de toda la vida.

D. PED. Y para mí es como un hijo. A mi lado ha crecido, en mi casa vivió siempre; mi mujer fué para él como una madre, es decir, como una hermana, que era muy joven aún mi pobre Luisa cuando murió. ¿Verdad, Roberto? (Roberto, que está muy inquieto, se habrá cubierto la cara con las manos.) Pero ¿qué tienes, muchacho?

DR. CAL. Nada, que se aburre.

ROB. ¡Sí, mucho, mucho, espantosamente!

DR. CAL. Rezagos del mal: aburrimiento, irascibilidad y tristeza son las características. Pero hay que sobreponerse un poco, ¡caramba! Yo he hecho cuanto he pedido; ya estás bueno casi por completo; pero si tú no me ayudas... El enfermo debe ser un aliado del médico.

ESCENA IV

DICHOS y MARÍA foro izquierda con una cafeterita y tres tazas

MARÍA (Saliendo.) Aquí está el café.

DR. CAL. (Levantándose.) ¿Por qué se ha molestado usted, María? Yo no le dije a usted que lo trajera.

MARÍA Yo he tenido gusto en ello. Además, tenía que venir a llamarle; los enfermos esperan.

Dr. Cal. Siendo así... (Sirve él mismo una taza.) A ver qué le parece este café. Como sé que es usted tan aficionado...

D. Ped. ¡Oh, muchas gracias! Debe estar delicioso. ¡Exhala un aroma! ¿Usted no se sirve, Doctor?

Dr. Cal. No puede ser. Lo he mandado traer sólo para usted. Yo tengo que operar dentro de poco y necesito toda la firmeza de mi pulso.

Rob. Yo quisiera tomar...

Dr. Cal. ¡Ah, no; eso sí que no!

Rob. Media tacita.

Dr. Cal. Ni una gota.

María ¿Ni con leche, Doctor? Puedo, si usted quiere...

Dr. Cal. No, no, no... ¡Usted también, de cómplice, fomentando locuras!

María Usted perdone; yo...

Dr. Cal. Ya tomará de todo cuando pueda; ahora sería una imprudencia temeraria. Su enfermedad ha sido absolutamente nerviosa. (A Roberto.) Ya oyes que digo ha sido, porque ya estás casi curado. Y para demostrártelo te voy a permitir fumar un cigarrillo. (Ofreciéndole la petaca.) Pero uno nada más.

Rob. ¡Bueno, hombre, bueno!

Dr. Cal. ¿Usted, don Pedro?

D. Ped. Gracias.

María Doctor, yo siento ser importuna, pero los enfermos aguardan.

Dr. Cal. Es verdad. Con permiso.

D. Ped. ¿Lo veré a usted antes de marcharme, Doctor?

Dr. Cal. Sí... Vuelvo en seguida; son muy pocos enfermos.

María Tres nada más.

Dr. Cal. Ya lo oye usted.

D. Ped. Bueno, y de nuevo un millón de gracias.

Dr. Cal. Nada, nada. Y charle usted con él cuanto quiera; Roberto está ya bueno. Dentro de ocho días... ¡a la calle! ¡Lo echo de aquí! Y eso que no se lo merece, por aprensivo. Bueno, vamos. ¡Hasta ahora!

María Con permiso.

D. Ped. Hasta luego, Doctor. (Mutis foro izquierda enfermera y Doctor.)

ESCENA V

DON PEDRO y ROBERTO

D. PED. No te puedes quejar; el Doctor Calvet te ha curado con gran solicitud, como un hermano.

ROB. Sí.

D. PED. Es encantador un médico así. Tan amable, tan distinguido. Hasta en el aspecto del Sanatorio se adivina su buen gusto. Esto más parece una finca de recreo que una casa de salud.

ROB. ¡Ay, no me diga usted eso! ¡Le he tomado horror!

D. PED. ¿Por qué?

ROB. Estos jardines, esta luz, ese cielo tan azul, son como una ironía, como un sarcasmo para los pobres enfermos. Por esa puerta, por esa ventana, todo habla aquí demasiado de la vida, de la alegría de vivir, y a los que tememos a la muerte, a los que nos vemos amenazados por ella, este aire lleno de aromas, esta paz, este silencio con sol, ¡nos dan una pena!...

D. PED. ¡Qué ideas! Por una ligera enfermedad nerviosa, por un poco de anemia cerebral que ya pasó...

ROB. ¡Bah! Creen que yo no sé lo que tengo, que yo no sé el nombre de esta terrible enfermedad; pues sí, lo sé; ¡esto se llama epilepsía!

D. PED. No digas eso. ¡Qué locura!

ROB. Si lo sé, don Pedro, si lo sé: estoy bien, sin ataques, cinco, ocho, diez días... ¡y de repente! un dolor aquí, aquí, en las sienes, en el cráneo; un círculo de hierro que aprieta y aprieta... Y no salir, y comer la comida sin sal, y privarse de todo... ¡Esto no es vivir; no!

D. PED. Vamos, cálmate; comprendo que estés así, pero cálmate. Es la soledad, la proximidad de otros enfermos... Si viviera mi pobre mujer, no hubieras venido a este sanatorio.

Ella te hubiera cuidado en casa. ¡Mi pobre Luisa! Dios se la llevó; hizo bien. ¡Este mundo no era para ella! ¡¡Era demasiado buena!! (Pausa.) Te entristecen estos recuerdos, ¿verdad?

ROB. (Sin contestarle, como obedeciendo a otra idea.) ¿Y Miguelito? ¿Cómo está Miguelito? ¿Por qué no ha venido a verme con usted?

D. PED. Miguel está en su colegio y no sale sino una vez al mes. Ya sabes que es imposible tenerlo en casa desde que murió su pobre madre ¡Yo estoy solo y tengo tanto que hacer! Conviene que el chico se eduque, se haga hombre. Tiene una imaginación... ¡Me asusta, no es natural!

ROB. Sí, don Pedro, pero yo deseo verlo. Usted sabe cuanto quiero a su hijo; yo necesito verlo antes de que ya no lo vea más...

D. PED. ¿Pero es que empiezas de nuevo?

ROB. No, no, yo no me curo, yo estoy muy malo. Esta cabeza mía se distrae, huyen de ella las ideas cuando más necesito que se afirmen... (Pausa.) ¿Don Pedro, quiero pedirle un favor?

D. PED. ¿Un favor? ¿Que es ello, vamos a ver?

ROB. Un favor muy grande, muy grande; óigame usted y complázcame, se lo ruego. Usted ha sido para mí un padre; cuanto soy y cuanto tengo a usted se lo debo...

D. PED. ¡Bah, bah! No hablemos de eso.

ROB. Sí, sí; hablemos, necesito hablar: tengo una tristeza, una ansiedad, un miedo inexplicable...

D. PED. Estás muy nervioso, calla, calla.

ROB. No, no, escúcheme usted; déjeme decirle mi agradecimiento; el temor que me asalta de no haber sido todo lo bueno que debiera para con usted.

D. PED. ¿Para conmigo?

ROB. Sí, usted me enseñó a trabajar; mientras a mí me ha sonreído la fortuna, usted no ha salido de pobre; yo siento que me voy de la vida y quiero cumplir mis deberes para con Dios, para conmigo mismo (Pausa.) Sí, sí, es necesario, es mi deber ¡y mi deseo! Don Pedro, yo quiero hacer testamento.

D. PED. ¿Pero, muchacho, estás loco, qué dices?

ROB. Lo que siento, lo que debo; mañana, esta misma tarde, viene usted con un notario...

D. PED. ¡Oh, calla, calla!

ROB. No, no, don Pedro; yo no quiero morirme sin dejarlo todo dispuesto.

D. PED. Pero, ¿quién piensa en morirse?

ROB. Yo, mi pobre cuerpo vencido, débil...

D. PED. ¡Oh, bah! Antes debiera pensarlo yo, con mi edad, con mis achaques, con este corazón que no quiere ser bueno, y salta, y a veces quiere ahogarme... ¡Pero tú!

ROB. No, don Pedro, no; yo quiero hacer testamento cuanto antes, y hacerlo de acuerdo con usted, y le pido que consienta, por gratitud mía, por mi cariño, en que yo legue toda mi fortuna a Miguel.

D. PED. ¡¡A mi hijo!! (Transición.) Gracias, gracias, Roberto; muchas gracias; pero yo no puedo aceptarlo y tú no puedes tampoco... Reflexiona...

ROB. Pero, ¿por qué? ¿No he aceptado yo la protección y el amparo de usted cuando no tenía? ¿Por qué no ha de aceptar usted ahora, que yo le devuelva en Miguel, en su hijo, algo de lo mucho que le debo?

D. PED. No, no, no; yo no quiero...

ROB. Además yo hice promesa sagrada, ante el lecho de muerte de su madre, de que cuidaría de Miguel... ¿Ni aún invocando su memoria consentiría usted?

D. PED. ¿Invocando la memoria de Luisa?

ROB. Sí, ¿no se acuerda usted ya?

D. PED. Es verdad: moribunda ya la pobre fijó sus ojos en ti... Lo recuerdo muy bien. «Roberto, el niño...», te dijo con su voz lejana...

ROB. (Titubeando un poquito, después de una pausa breve.) Ella sabía cuanta ternura sentía yo por el niño... y... quería que yo fuese para él un consejero, un hermano mayor... (Ya repuesto.) Pensó que usted quedaba solo y le buscó un aliado para atender al pequeño...

D. PED. Sí, pero eso no basta para que tú...

ROB. ¡No ha de bastar! ¿No es lógico y natural, que no teniendo parientes, quiera dejar mi fortuna al hijo de mi protector? Usted no

puede ofenderse, porque mi intención es buena; comprenda usted que pude hacerlo sin contar con usted, sin su permiso, y sin embargo...

D. PED. No, no, no puede ser, no puede ser...

ROB. Pero, ¿por qué?

D. PED. Porque el mundo pudiera pensar... (Transición.) ¡No, no, nada, Jesús, qué locura, qué horror! ¡Ea, no hablemos más!

ROB. ¿Qué piensa usted, don Pedro?

D. PED. Nada, Roberto, nada malo, nada que no deba pensar, te lo juro. Pero hablamos sin necesidad; todo esto es absurdo, tonto... Tú estás bueno, sano... Tú debes vivir, y mi hijo debe tener lo mío, y lo que él se gane después... Solamente eso...

ROB. ¡Como usted quiera!

D. PED. No, no, como debe ser, como es lo justo...

ROB. ¡O injusto!

D. PED. Nada, nada, y te advierto que si lo haces sin mi consentimiento me darías un disgusto muy serio... (Se pasea un ratito.) ¡Bah, bah, qué locura, qué absurdo!

ESCENA VI

DICHO y el DOCTOR CALVET por el foro izquierda

DR. CAL. (Saliendo.) ¡Ea, ya estoy de vuelta! ¿Han charlado ustedes mucho?

D. PED. Sí, y su enfermo, su exenfermo, disparata un poco.

DR. CAL. ¿Cómo es eso?

D. PED. Tiene unas ideas muy extrañas, se empeña en creer que se va a morir.

DR. CAL. ¡Oh, qué tonto!

D. PED. Y quiere hacer testamento a favor de mi hijo, ¿comprende usted? (Hay una pausa durante la cual el Doctor mira con extrañeza y reproche a Roberto.) No le inquieta el qué dirán, ni le importan las murmuraciones. Ahora que yo, claro, ni lo consiento, ni lo agradecería...

ROB. Bueno, no insista usted ya...

D. PED. No insisto, comento tu bondadoso disparate.

nada más. Y me voy, que es un poco tarde para mí; tengo que hacer a las doce. Conste que me has dado un disgusto...

DR. CAL. Son los nervios, don Pedro, no le haga usted caso.

D. PED. (*A Roberto.*) Vaya, adiós muchacho, hasta mañana.

ROB. Adiós.

D. PED. Hasta mañana, Doctor. (*Aparte a éste.*) A ver si logra usted adivinar lo que piensa, lo que tiene; es algo que me inquieta...

DR. CAL. No se preocupe usted.

D. PED. Es tan extraño, tan sin sentido... en fin... ¡Hasta mañana! (*Mira un instante a Roberto.*) Hasta mañana, Doctor. (*Mutis por la derecha, decidido.*)

ESCENA VII

DOCTOR CALVET y ROBERTO

DR. CAL. ¡Pero, ven acá, chiquillo, que no eres más que eso, un chiquillo imprudente! ¿Tú quieres que el pobre viejo lo comprenda todo? ¿Que sepa que le engañásteis? ¿Que adivine que su hijo no es suyo? ¿Que el verdadero padre de Miguel, de su Miguelito que adora, eres tú?

ROB. ¡Tentado estuve de decírselo!... ¡Sí! Siento hasta la necesidad de la confesión...

DR. CAL. ¡Pero por Dios, hombre! ¿No comprendes que no tienes ningún derecho? ¡Que sería inhumano y vil!

ROB. Es que no puedo más, es que ese hombre logra ponerme fuera de mí.

DR. CAL Fué tu protector y le engañaste, Roberto.

ROB. No fuí yo quien le engañó, no fué la pobre Luisa tampoco. Fué él, que unió su frialdad y su vejez al temperamento ardiente de una mujer demasiado joven; fué el destino que nos juntó, que nos puso uno en frente del otro...

DR. CAL. Pretextos, Roberto.

ROB. No, no; yo he llorado esa fatalidad como un castigo. Yo quería, quiero aún a don Pedro.

DR. CAL. No seas cínico...

ROB. No soy cínico, soy humano. Viviendo bajo el mismo techo, yo envolví sin querer, por cortesía, por simpatía inconsciente si quieres, en una onda de ternura y de cuidado la juventud prisionera de esa pobre mujer. Fué sin querer: ella se quemó las alas como una mariposa, y yo me quemé el alma y me destrocé la vida. La amé con rabia de amarla; la quise con dolor de traicionar; pero fué algo más fuerte que yo, más fuerte que la reflexión y que la voluntad. (Transición.) Una noche de luna, una hora de fiebre y de olvido, ¡qué sé yo!... Todo es empezar... Después la pasión, el pecado, con todos sus dolores, con su arrepentimiento, sus lágrimas, su exaltación y su locura...

DR. CAL. Bah, bah, frases; fué una mala acción, Roberto; tú no debiste... No tienes disculpa.

ROB. No la busco, no la quiero... Todo sucede como debe suceder, como el destino manda...

DR. CAL. Pero...

ROB. Yo era y yo soy un hombre enfermo y apasionado, un anormal... y además no hablemos de lo que pasó, hablemos de hoy, vamos a los hechos consumados. Hay algo que está por encima de todo, algo sagrado: mi promesa junto al lecho de muerte de la mujer que adoré. Yo no quiero morirme después de haber trabajado, de haber luchado, para que mi fortuna vaya a manos ajenas, (Aquí aparece sin ruido, muy lentamente, por el foro, don Pedro.) para que ese pobre niño de mi alma, para que Miguel, mi hijo, entiendes, mi hijo...

ESCENA VIII

DICHOS y DON PEDRO

D. PED. ¡¡Tu hijo!! ¿Qué has dicho, Roberto? (Quiere ir a él pero vacila llevándose las manos al pecho.) ¡¡¡Jesús!!!

DR. CAL. (Yendo a socorrerle.) ¡Don Pedro, por Dios, don Pedro!

D. PED. ¡Canalla, canalla!... (En voz baja, reconcentrado.)

DR. CAL. (Llevando a don Pedro a la mesa, dice a Roberto, más con el gesto que con la voz.) ¡Vete, vete .. huye!... (Mutis Roberto, por el foro después de vacilar. Con calma, sin huir.) Calma, calma; Roberto está enfermo, delira: yo le suplico a usted ..

D. PED. No, no, lo oí todo. (Habla muy trabajosamente.) Salí de aquí trastornado, sin querer pensar... Pero pensé... volvía... (Señalando el paraguas que está en un rincón.) ¡Jesús, Jesús, qué espanto, qué vergüenza, que infamia!...

DR. CAL. Don Pedro, yo le juro...

D. PED. No, no, es inútil: es un traidor, un miserable... Asocio recuerdos, ahora veo claro... Traicionarme a mí, a mí... No tema usted nada, doctor, suélteme, yo no pienso vengarme, yo no puedo tener celos... sólo tengo pena; un dolor infinito; pero celos no, soy un viejo, un pobre viejo... (Sollozando.)

ESCENA IX

DICHOS y MARÍA, foro izquierda

MARÍA (Entrando.) Doctor... usted perdone... Le esperan a usted para operar... El doctor Ramírez ha venido ya...

DR. CAL. Bueno... sí... diga usted que voy en seguida...

D. PED. (Sentado siempre.) ¡Infame, infame!... ¡Oh... me ahogo!...

MARÍA (Yendo a el.) ¿Qué sucede, Doctor?

DR. CAL. Nada, nada, una congoja. (Dándole agua.) Beba usted... (Le toca la frente, le toma el pulso.) No es nada, calma; ¿dice usted que ha venido ya Ramírez?

MARÍA Sí, le esperan a usted...

DR. CAL. Bueno, bueno... ¿Vuelvo, eh, don Pedro?... (A María.) No le deje usted solo; mandaré al practicante con unas inyecciones... (Ella hace una señal preguntando, y él le indica el corazón.) No hay peligro... Vuelvo en seguida.

ESCENA X

DON PEDRO, MARÍA

MARÍA ¿Se siente usted mejor? ¿Quiere usted un poquito de éter?...

D. PED No, no... no es la muerte... Pero si lo fuera... déjeme usted morir... La vida, ¿para qué?... ¿para qué...?

MARÍA Vamos, no esté usted triste... Si está enfermo se viene aquí. Le cuidaremos mucho, mucho. Aquí recobrará usted la salud y la alegría...

D. PED. ¡Nunca, nunca! (Llorando.)

MARÍA Vamos, no llore usted... yo no tengo más misión en el mundo que cuidar enfermos... yo le traeré todas las mañanas unas rosas y le cuidaré y le querré como a mi padre..

D. PED. Ah, no... no.. calla. (Ahogándose).

MARÍA ¡Don Pedro!

D. PED Yo no soy padre, yo no tengo hijo, no... no tengo hijo, no lo tuve nunca... ¡nunca!... (Se ahoga llorando.)

MARÍA (Acariciándole la cabeza.) Vamos, vamos, no se desespere... (A don Pedro le da un colapso.) ¡Señor, señor!... (Corriendo al foro asustada, sin hacer mutis.) ¡Doctor, Doctor! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Roberto. Muebles elegantes. Foro y dos laterales. Son las ocho de la noche

ESCENA PRIMERA

MARTA y JOSEFINA. Aquella viste una bata. Josefina con sombrero. Están mirando unos figurines.

MARTA ¡Entonces éste! ¡¡Este, sí! ¿No te gusta?

JOS. Es bonito; la forma me parece muy elegante, pero... no sé qué le encuentro; gasas y pieles, así todo junto, no sé...

MARTA Pero si ese es su mayor encanto, mujer. Es el verdadero traje de media estación. No es de verano, porque tiene pieles; no es de invierno, porque tiene tules; ni una cosa ni otra, ni frío ni calor. ¡Y es precioso, precioso! Decididamente me encargo éste; no encontraré nada más elegante.

JOS. ¡Cuando tú lo afirmas!... Además, de todas maneras estarás bien: no es el traje, es la percha.

MARTA ¡Tú siempre lisonjera!

JOS. No, yo siempre justa. (Levantándose.) Y te dejo, es tarde.

MARTA ¡Cómo! ¿No esperas a mi marido y a nuestro primer actor? ¿No tienes curiosidad?

JOS. ¡Oh, sí, dejaría de ser mujer, y yo soy mujer ante todo! Pero ya es demasiado tarde; lo conoceré mañana en el ensayo.

MARTA No te vayas; cinco minutos más, anda.

JOS. Bueno, pero cinco minutos... ¿eh? Me esperan en casa... Han de ir unas visitas...

MARTA Aguarda un poco. Mientras charlamos llegarán mi marido y Arnáez. Han desembarcado a las cuatro, ya ves...

JOS. Sí, pero habrán ido al teatro y luego por ahí. Además, de seguro se han metido en un café y estarán libando por la buena llegada...

MARTA ¡Qué Josefina!

JOS. Sí; las libaciones copiosas son de rigor en estos casos. En nuestras excursiones artísticas, mi marido festejaba con una chispa su entrada en cada ciudad..

MARTA Ja, ja... Tengo entendido que Miguel Arnáez es un muchacho muy serio, y én cuanto a mi marido, no tiene vicios; no bebe ni vino...

JOS. Bueno, no tiene vicios menores... pero...

MARTA Bah, quién sabe; como todos los hombres...

JOS. Con qué poco interés lo dices. Cómo se ve que Roberto te fastidia...

MARTA ¿Por qué, Josefina? ¿Qué quieres decir?

JOS. Nada, mujer, no te sofoques. Como al casarse contigo te retiró del teatro y tú tenías tanta afición, me figuré...

MARTA No creas. Ya he perdido la afición; mejor dicho, nunca la tuve.

JOS. ¿Nunca? ¡Vamos!...

MARTA Nunca, te lo juro. Yo no fuí cómica por vocación, sino por necesidad. Mis padres lo eran y a falta de otra cosa... eso heredé. Una temporada en Madrid, tú estabas, ¿no te acuerdas? El año aquel de la nevada....

JOS. Sí, sí, mujer...

MARTA Bueno, pues en aquella época pasaron mis padres una crujía muy grande... Yo tenía quince años; mi padre formó compañía para hacer unos bolos y... a rodar por esos pueblos de Dios, haciendo criadas y partiquinas. Después... me fueron repartiendo papeles de más empeño; aprendí, vinieron los aplausos, los beneficios, las joyas... Una vida alegre, pintoresca y triunfante que halagaba mi vanidad... Tuve un momento de afición... sí, lo confieso... pero apareció en mi camino

Mario Ardito; inició esos amores que prendieron en mí de golpe, como un estallido; los rompió de repente, porque sí, porque estaba loco, porque era un loco... ¡en fin, a qué te voy a contar lo que ya sabes!... Desde entonces para mí se acabó el teatro... la alegría, la vanidad .. todo. Por eso cuando al terminar la temporada que hice aquí, Roberto quiso retirarme de la escena y casarse conmigo, acepté...

JOS. Bueno, bueno, mujer; pero no vas a convencerme ahora de que quieres a tu marido...

MARTA Ps... Lo estimo, lo agradezco, lo respeto mucho... Quererle no, mentiría; quererle no. Después de Mario ya no he podido, ya no puedo querer. Mario apagó en mí para siempre todo arrebato pasional. Su abandono inexplicable y repentino fué algo así como una medicina que me curó para siempre del mal de amor. Me hice una mujer normal, fría, pasiva para todo.

JOS. Pobre Mario, y pobre de ti. (Pausa.) ¿Y no has vuelto a saber de él?

MARTA Ni una palabra. Ya ni su nombre suena

JOS. ¡Y pensar que hubiera sido un artista eminente!

MARTA Sí, tenía grandes condiciones; pero estaba loco. Con ese carácter tan déspota, y luego era tan misterioso, estaba siempre ensimismado... ¡Pobre Mario! Le quise mucho.

JOS. Y él a ti. Ahora que vuelves al teatro puede ser que te lo encuentres por ahí en alguna *tournèe*...

MARTA ¡Ay, no, por Dios! Además, no hay peligro. Yo no pienso seguir. Haré esta temporada y me retiro definitivamente.

JOS. La verdad es que no queriendo seguir en ello, sin afición y sin necesidad, no comprendo para qué vas a trabajar...

MARTA Por complacer a mi marido; es un capricho de él, y justo en este caso. Como Miguel es su hijo...

JOS. ¿Cómo? ¿Que es su hijo?

MARTA Sí, mujer, ¿no lo sabías? Por eso viene a vivir aquí con nosotros.

Jos. Primera noticia que tengo. Además, como lleva otro apellido...

Marta Es un hijo que tuvo así... Un drama de su juventud...

Jos. ¡Ah, ah, ya caigo! Pues debe de ser muy guapo. Estos que vienen así siempre lo son. Sigue, sigue...

Marta Roberto lo quiere mucho; pero ha vivido muy poco con él. Creo que de muchacho se le escapó... No estoy bien enterada... Lo cierto es que cuando Roberto supo que llegaba contratado al teatro Municipal, y que la empresa pensaba en mí, se volvió loco de alegría Me dijo que su hijo era un gran actor, que el verme trabajando con él sería su felicidad y su orgullo... Y no pude negarme. El me quitó del arte y él me devuelve al arte, aunque temporalmente... ¡Yo acepto; ya no tengo voluntad!

Jos. ¿Y de veras es un gran actor? Lo digo porque como viene cada eminencia que después...

Marta Los periódicos de Madrid hacen grandes elogios de él...

Jos. A mí me parece raro que venga así... solo, sin su compañía...

Marta Eso no; viene de director y trae un gran sueldo y, acaso por ver a su padre...

Jos. En fin, chica, lo que fuere sonará Y ahora sí te dejo, que es tardísimo. ¿Mañana supongo que irás al ensayo?

Marta Naturalmente; mañana lo presentarán a la compañía...

Jos. Bueno, adiós; me has entretenido demasiado; me voy corriendo. ¡Qué dirán en casa!

Marta (Llamando.) ¡Juana!

Jos. No te molestes, yo voy sola. ¡Qué etiquetas!...

Marta No salgo hasta la puerta por si vinieran... Como estoy así, sin vestir... ¡Juana!

Jos. Deja, deja! (Le da un beso.) ¡Adiós, rica! (Otro beso.) Recuerdos a tu marido. ¡Adiós, hasta mañana! (Mutis foro derecha.)

ESCENA II

MARTA y JUANA lateral derecha

JUANA ¿Llamaba la señora?

MARTA Sí, llamé dos veces para que acompañara a la señora Josefina... (Movimiento de la criada.) Pero no corra, no; ya se fué. Como usted no venía...

JUANA Estaba aviando la habitación para el huésped que llega hoy, el señorito... (Vacila.)

MARTA (Ayudándola.) El señorito Miguel Arnáez.

JUANA Sí, señora.

MARTA Está bien, vaya usted.
(Mutis criada foro derecha.)

JUANA Con permiso de la señora.
(Marta se pone a hojear los figurines.)

ESCENA III

MARTA, JUANA y un MOZO de equipajes, foro derecha

JUANA (Dentro.) Por aquí... sí... por aquí...

MARTA ¿Eh? ¿Quién?

JUANA (Entrando.) Las maletas del señorito. (Al Mozo de equipajes que la sigue.) Deme usted. (Hace mutis con las dos maletas por la lateral derecha.)

MARTA (Al Mozo.) ¿Vienen ya?

MOZO Sí, señora; ya suben... Los baúles los traeré mañana...

MARTA Está bien. (A Juana que ha vuelto a salir.) Juana, recíbalos usted y venga en seguida a ayudarme. (Mutis lateral izquierda.)

JUANA Sí, señora.

MOZO Bueno, quedar con Dios.

JUANA ¿Cuánto es?

MOZO No, si ya me ha pagao el señorito... Salú.

JUANA ¡Vaya con Dios! (Mutis Mozo y Juana foro derecha.)

ESCENA IV

ROBERTO y MIGUEL. GABRIEL, FERNÁNDEZ MELLADO, DON MARIANO y JUANA. Entran todos por foro derecha en el orden que se indica. La criada hace mutis por la lateral izquierda y hará una pasada durante la escena, al sitio de donde salió, para aparecer y decir su bocadillo cuando se indique

ROB. Pasa, hijo; pasen ustedes... (Miguel va a sentarse en una butaca, en primer término, muy malhumorado. Los demás forman un grupo detrás.) Ya estás en tu casa, en la casa de tu padre. ¡Quién me lo había de decir! Cuando yo estaba en el sanatorio creyendo morirme... Si quieres arreglarte, descansar...

MIG. No; prefiero descansar aquí.

ROB. Como quieras, estás en tu casa. (Al grupo.) Pero ustedes, ¿por qué no se sientan?

D. MAR (Sentándose antes que los demás, junto a Miguel.) ¡Ay! Buena falta me hacía. Hemos traído un trotecito detrás de usted... (A Miguel.) ¡Cómo se nota que es usted joven y apuesto y no le duelen reúmas, ni le afligen achaques... (Tose.)

FERN. No le haga usted caso, no le haga usted caso; tiene la *pose* de hacerse el viejo, ¿eh? sí, sí... (Se atusa los bigotes.)

D. MAR. Es que lo soy; yo he trabajado con don Pedro Delgado, con doña Teodora Lamadrid, con don José Valero, con don Antonio Vico, que en paz descanse, el grande, el incomensurable Vico... Cuando yo dejé España, allá por el ochenta y cinco, aún estaba Vico en su apogeo... ¡Pobre Antonio! ¡Eramos íntimos!

MIG. ¿Sí? (Indiferente.)

D. MAR. ¡Sí, señor; ya lo creo! Intimos. Más de un consejo le dí... Y él los escuchaba; ah, sí, eso sí. Me distinguía y me respetaba mucho. Aun recuerdo que una noche en Salamanca, por cierto que hacíamos *El Zapatero y el Rey*, del gran Zorrilla... ¡También fuí muy amigo de Zorrilla!... ¡El pobre Pepe! Qué poeta, ¿eh? Pues sí, aquella noche...

MIG. (Que casi no le ha hecho caso.) Un momento. (A Roberto.) ¿Quiere usted mandar que me traigan un vaso de agua, por favor?

ROB. Yo mismo te la traigo, hijo ¿La quieres con un poco de coñac? (Mutis lateral.)

MIG. No, sola; gracias.

D. MAR. El ajetreo del viaje, el desatinado trajín le han dado a usted sed... (Tose.)

MIG. (Muy displicente) Sí... (Se dirige a Gabriel cuando el viejo va a hablarle.) Oye, Gabriel, ¿tú sabes a qué hora citaron a la compañía?

D. MAR. A las dos de la tarde, señor, según reza la tablilla. Pregúnteme siempre a mí, yo soy la puntualidad misma en el trabajo. Sana costumbre de otros tiempos, de respeto, de disciplina, de orden... (Tose.)

ROB. (Entrando con el agua.) Aquí tienes...

MIG. ¡Ah, tenía la garganta seca! ¡Muchas gracias!

JUANA (Que un momento antes había hecho una pasada de la primera izquierda al foro.) Señor... Allí hay un hombre que pregunta por el señor Fernández, trae una máquina fotográfica...

FERN. ¡Ah, sí, sí!... Es el fotógrafo de mi periódico... Si es usted tan galante... Vamos a hacer en seguida *tout siute*, unas *fotos*, para una *interviú*, una pequeña *coserí*, ¿eh? Sí, sí.. (Se atusa los bigotes.)

ROB. Sí, sí, aquí conmigo, en tu casa...

MIG. No, hoy no... Perdone usted, acabo de llegar... Es mejor mañana, en el ensayo..

FERN. Oh, *la*, *lá*... Yo deseaba adelantarme... era un pequeño triunfo de información, un éxito periodístico... usted sabe..

ROB. Anda, sí...

GAB. Estará cansado...

MIG. Mucho... De veras, mañana mejor...

FERN. Lo siento, lo siento... Pero en fin... Dígale usted, (A la criada.) o no, yo iré... Con permiso. (Mutis foro derecha. La criada coge el vaso de agua y se lo lleva.)

ROB. No creo que hayas hecho bien.

GAB. Es una majadería de este señor, amanerado y cursi .. Miguel acaba de llegar.

MIG. Además, soy poco amigo de entrevistas. Estos reporters le hacen decir a uno cada cosa...

D. MAR. Sin embargo, son indispensables en la vida del artista, sirven de réclame... Y a propósito... ¿se ha fijado ya la obra de presentación?...

MIG. Sí; *El Alcalde de Zalamea.*

D. MAR. Precisamente en Zalamea hice yo una temporada con Rafael Calvo. ¡Pobre Rafael! Debutó con el *Don Alvaro*, y cómo decía aquello de... (Recitando muy entonado.)

> ¿Por qué tiempo perder? La jaca torda
> la que cual dices tú los campos borda,
> la que tanto te agrada
> por su obediencia y brío...

(Le da un acceso de tos.)

MIG. No se canse usted...

D. MAR. No, aun tengo facultades. ¡Cómo decía ésto Calvo! ¡Pobre Rafael! Eramos íntimos...

FERN. (Interrumpe al viejo entrando) Ya está... Es un fotógrafo que tengo siempre a mis órdenes, hemos quedado en que mañana irá para hacer unas *fotos* en traje de carácter...

MIG. No se moleste usted.

FERN. Bah...

MIG. Tengo tantos retratos... Yo le daré una de Hamlet, que esta muy bien.

FERN. ¡Oh, Hamlet, qué maravilla! «Ser o no ser». ¿Va usted hacer el Hamlet?

MIG. Sí, la tercera o cuarta noche, probablemente...

D. MAR. ¡Hola, hola! Pues tendré que estudiarla porque no la tengo hecha. En mis tiempos no se hacía teatro extranjero en España, éramos más patriotas.

MIG. (Ya harto.) Sí, hacían ustedes, *Flor de un día* y *Espinas de una flor.*

D. MAR. Precisamente, con *Espinas de una flor*, obtuve en México un éxito clamoroso. ¡No puede usted imaginarse! La banda del ejército mexicano me tocó diana tres veces, y el Presidente me llamó a su palco. El general Porfirio Díaz, que en paz descanse, que era el Presidente a la sazón. ¡Pobre Porfirio! Eramos íntimos. ¡Más de un consejo le dí!

FERN. (Interrumpiendo.) Yo creí que usted no representaba Hamlet.

MIG. ¿No le gusta a usted?

FERN. ¡Oh, sí! Me parece una obra profunda, sí, sí, profunda, muy profunda. . ya lo creo... Pero, en fin, como el Príncipe Hamlet, era delgado, esbelto, casi intangible, todo espíritu... y usted...

MIG. (Muy tranquilo, con algo de sorna.) Hamlet era gordo.

FERN. ¡Oh la, la!... ¡Es gracioso! ¡Hamlet gordo! ¡Es gracioso!

MIG. No, no, es gracioso, no; gordo. Por lo menos así lo dice el personaje: «Ah, si yo pudiera arrancarme esta pesada carne que me envuelve» —exclama en una escena —y la reina dice en el acto del desafío, que teme por su hijo a causa de su gordura.

FERN. Perdone usted. Sara, el intérprete ideal, es delgada

MIG. Y Burbage, el actor que la estrenó, era gordo.

FERN. Puede ser; pero tengo entendido...

MIG. Tiene usted mal entendido... Eso le pasa a muchos niños como usted.

ROB. ¡Miguelito, por Dios!...

FERN. ¡Señor Arnaez!

MIG. Perdone usted, he dicho una inconveniencia. No quise ofenderle. Estoy nervioso, cansado...

D. MAR. Es verdad. (Levantándose.) Y prudencia aconseja que le dejemos descansar del viaje. Don Antonio Vico, cuando llegaba de un viaje, no recibía a nadie.

FER. Señor Arnay. *Senza rancore*. En *La Verdad Artística* me tiene usted a sus órdenes. (A Gabriel.) ¿Usted se queda?

GAB. Sí; un momento aún...

FER. (A Roberto.) A usted mi enhorabuena...

ROB. Yo los acompaño hasta la puerta.

D. MAR. Mi querido director. (A Miguel.) Poco soy y nada valgo; pero en fin. . estoy a sus órdenes en todo. Si mi larga experiencia de la escena pudiera servirle... disponga, eh... (Tose.) Don Roberto...

ROB. (Acompañándoles.) Vamos, vamos...

(Mutis foro derecha Roberto, don Mariano y Fernández Mellado.)

ESCENA IV

MIGUEL, GABRIEL a poco ROBERTO, foro

MIG. ¡Uf, gracias a Dios! ¡Creí que no se iban nunca!

GAB. ¡Pobre Miguel! La verdad es que son muy pesados.

MIG. Me tenían mareado ya; sobre todo ese viejo comico, amigo del pobre Antonio, del pobre Rafael, del pobre Porfirio, y de todos los pobres del género humano. ¡Qué barbaridad!

ROB. (Entrando.) No haces bien, hijo, no haces bien. Hay que tener más paciencia, ser más prudente: te enemistarás con todo el mundo.

MIG. ¡Oh, no me importa!

GAB. Tiene sus nervios y está cansado. Debieron haberlo comprendido.

ROB. Sí, pero ¡qué se le va a hacer! Y a todo esto, no me has preguntado por tu primera actriz.

MIG. (Entre exaltado y extrañado.) ¡Mi primera actriz? (Se repone y dice natural.) La veré mañana.

ROB. O antes.

MIG. (Muy extrañado.) ¿Antes?

ROB. Sí, aun han de venir más visitas. Por ahora voy a meterle prisa a mi mujer. Que salga a saludarte. (A Gabriel, haciendo mutis.) ¡No le diga usted nada, eh? Cuidado. (Mutis izquierda.)

ESCENA V

MIGUEL y GABRIEL

MIG. Que no me digas nada... ¿De qué?

GAB. No sé.

MIG. ¿Cómo que no sabes? ¿Por qué me ha preguntado por la primera actriz? ¿por qué?

GAB. Te advierto que es una cosa sin importancia. Si tienes mucho interés en que rompa la consigna de tu padre...

MIG. No; guárdala, no tengo interés por nada.

GAB. Tienes muy mal humor, Miguel.

MIG. Tengo.. tengo.. (Exaltándose y bajando la voz.) ¡Que no he debido venir aquí, no, no, no! ¡¡No he debido venir!! (Se levanta.)

GAB. Pero, ¿por qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te pone así?

MIG. (Desalentado, melancólico.) No lo sé... Malestar... Angustia... (Transición.) Gabriel, tú eres mi amigo, sí, sí, no necesitas sincerarte; mi amigo de la niñez, lo único de mi tierra que no olvidé en mis viajes.. Tú sabes mi historia, tú conociste a mi padre, quiero decir... a don Pedro, ¡no, he dicho bien, a mi padre! ¡¡A mi padre!! Al pobre viejo, (Tierno.) porque él, él, era mi padre (Exaltándose.) no este cana...

GAB. Sí, sí, calla, calla por Dios.

MIG. ¡Sí sí, es un infame! (Irónico.) ¡Mi padre! Yo era feliz antes, yo adoraba en el otro, en el que me tuvo sobre sus rodillas cuando yo era niño, y este mal hombre. .

GAB. Tu padre. Este hombre es tu verdadero padre.

MIG. (Muy violento; pero sin gritar.) ¡No, no, para mí no lo es, no puede serlo! (Transición. Resignado, triste.) Sí, es mi padre, ya sé que la voz de la sangre no es una certeza; que aunque me parezco al otro, al que quise —¡me miro al espejo y soy él, él!—comprendo sin embargo que es un fenómeno que no asegura la paternidad, que pudiera ser una ilusión mia; por otra parte, la carta de mi madre lo decía claro: «Nuestro hijo», (Exaltándose de nuevo.) pero, no, no, Gabriel, no; mi corazón lo rechaza, lo aborrece. Este hombre, al enseñarme esa carta, al llamarme hijo, vino a traerme la verdad, acaso, pero una verdad que era un insulto, una muerte, una verdad que era un abismo. Tú, que conociste a mi madre, tú que conociste a don Pedro... ¿puedes afirmar que es verdad lo que cree este canalla?

GAB. Por favor, Miguel, prudencia, pueden oirte, volverá de repente...

MIG. No; si acabaré por decírselo en su cara,

(Transición.) ¿Lo ves como no he debido venir?

GAB. Hab rlo pensado antes; ya ahora...

MIG. Vine por otra cosa, y nunca pude suponer que él dijera a todos que soy su hijo, que me invitara a vivir con él bajo su techo. Nunca creí que iba a comprar su vanidad infame al precio de mi dolor y de mi vergüenza. Yo no he podido negarme a vivir aquí. ¿Cómo? ¿Con qué pretexto? ¡Si es mi padre! Pero hay algo aquí, aquí, en mí, dentro de mí, en mis nervios, en mi sangre misma, que lo rechaza, que me hace temblar de asco... ¡no, no, no... no puedo, no puedo!

GAB. Eres muy desgraciado, lo comprendo; pero es inútil atormentarte; sobre todo esto hay una verdad, una verdad que debes aceptar con resignación, con respeto, por lo menos: Roberto Alencar es tu padre, el que te engendró.

MIG. ¡Qué importa!

GAB. ¡Miguel!

MIG. ¡Sí; qué importa! Engendrar es fácil, es un placer egoísta y animal; ser padre es más difícil; es ternura, cuidado, sacrificio, bondad. Se engendra con el instinto; se es padre con el corazón. (Pausa.) ¿Qué le debo yo a este hombre? ¿Qué me ha dado? ¿Esta mala vida? ¿Y para qué la quiero? ¿La verdad? ¡Y qué vale esa verdad si por ella sé que soy un hijo...

GAB. ¡Miguel, qué dices? (Sin dejarle terminar la frase.)

MIG. (Asustado de sí mismo, casi llorando.) No, no; si yo adoro a mi madre; si yo venero su memoria como la de una santa. . pero sé que mi madre no fué santa, y lo sé por ese malvado. ¡Por eso me escapé de casa; por eso, no por vocación huí, a ser cómico, a vivir errante, sólo, como un paria, como un maldito! (Pausa.) Hace cuatro años, sobre todo, que estoy loco. Desde que empecé a estudiar el Hamlet. Aquél pobre príncipe que perdió su dicha por la triple infamia de un adulterio, de un incesto y de un asesinato, soy yo, yo mismo.

GAB. Miguel. (Asustado por su exaltación.)

MIG. Sí, yo; a mi padre, a mi verdadero padre, a de mi corazón, lo mató el dolor de creer que yo no era su hijo, ¡lo envenenó esa idea! (Solemne. Cada vez que en escena invoco a la sombra del Rey, pienso en Pedro Amáez, en ese viejo que amé, y de noche, en sueños, me parece oir su voz y la de mi madre que piden venganza.

GAB. Miguel, Miguel; vuelve en ti, por Dios; ten juicio; esto no puede ser.

MIG. Sí, tienes razón, no puede ser; pero soy muy desgraciado... ¡Ni aun para el amor pude vivir! En una de mis jiras, en un pueblo, conocí a una mujer. La amé de repente, con un amor que fué como un relámpago en la noche de mi vida. La amé con rabia, con dolor, con ansia; la amé con todos mis nervios y con todos mis sentidos; amé sus ojos y su voz en la sombra; amé su blancura y sus líneas en la luz. Hice de su amor un panteísmo extraño que me hacía adorarla en todo: en lo rubio del sol, en lo pálido de la luna, en el color y en el aroma de las flores... en la inquietud del mar, en la melancolía del atardecer y en el brillar de las estrellas. Ella tambien me amó. Yo tuve entre mis manos su cabeza de ensueño como un vaso precioso y puse en él mis labios porque ansiaba beber voluptuosidad para el dolor de mi vida... ¡y no pude ser feliz!

GAB. ¿Era un imposible?

MIG. Era libre y me quería; pero era mujer y era hermosa.

GAB. No comprendo...

MIG. ¿Te parece poco? Dudé de ella como dudo de todo, y la abandoné. Hice mal acaso; pero si soy hijo del pecado y el pecado es mi razón de haber nacido y de ser, yo no puedo creer en el bien, sino en el mal, que es mi origen. Yo tengo el derecho de creer que ninguna mujer es buena, porque no lo fué mi madre, ¡mi santa madre! (Llora.)

GAB. Calla, calla; no digas locuras.

MIG. Estoy loco, sí. Por este mal que nació conmigo, huí; por él rompí el único amor de mi vida, y por este amor vuelvo aquí,

¡donde quién sabe qué desgracia me espera!

GAB. ¿Que vuelves aquí por tu amor?

MIG. Sí. Ella está aquí, y no sabe que he venido. Cuando yo conocí a esa mujer, en el teatro de un pueblo, aún no trabajaba con nombre, se lo oculté siempre. Entonces no usaba el apellido de mi padre, del que yo tuve y tengo aún por mi padre. Ahora que ya soy célebre, sí; por honrarle de algún modo. Entonces me ponían en los programas un nombre de guerra: Mario Ardito, y por Mario Ardito se me conocía. Ella es la primera actriz: Marta Decreff.

GAB. (Horrorizado.) ¡¡Jesús!!

MIG. ¿Eh, qué tienes?

GAB. ¿Tú no sabías nada?

MIG. ¿De qué?

GAB. ¡Desgraciado! Esa es la sorpresa que te preparaba tu padre: hace un año que Marta Decreff es su legítima esposa.

MIG. (Da un grito ahogado.) ¡¡Qué!!... ¡Oh, alma mía profética! Había en mí como un presentimiento. Ese hombre me lo roba todo: ¡madre, honor, amor... todo! (Cae sentado, llorando, con la cabeza entre las manos.)

GAB (Mira por la lateral izquierda y se acerca a Miguel.) Sí; silencio, ya vuelve; hay que ser fuerte. ¡Cómico, disimula! Es tu oficio ¡y tu deber!

ESCENA VI

DICHOS, ROBERTO y después MARTA, en traje de comida, lateral izquierda

ROB (En el umbral.) Te dije que la primera actriz llegaría antes a verte.. Aquí la tienes. (Entra Marta.) Mi esposa Marta Decreff, (Presentándolos.) mi hijo... (Ambos se inclinan sin moverse; ella, turbadísima.)

MARTA ¡Mario! (Transición.) Caballero...

ROB. ¿No te sorprende agradablemente? Anden, sin cumplidos, dense la mano (Se dan la mano sin hablar; Miguel se la besa.) ¡Así! (A su mujer.) Pero tú dijiste Mario.

MARTA (Muy turbada.) Es que...

MIG. (Tranquilo; dominando la situación.) Me parezco á Mario Ardito. ¿No es eso? Me lo habían dicho ya.

MARTA (Disimulando.) ¿Lo conoció usted?

MIG. Eramos íntimos, íntimos... (Con inteción) Como una sola persona los dos.

ROB. ¿De quién habláis?

MARTA De un actor con quien trabajé.

MIG. Un buen muchacho, que se parecía a mí. (A Marta.) Medio loco, ¿verdad?

ROB. ¡Estos artistas! Siempre tienen algo que contarse. ¡Son tan trotatierras! Pero siéntense. Charlen... cuéntense cosas... ¡A ver!...

MARTA (Reparando en Gabriel.) ¡Ay, perdone usted, Gabriel, no lo había visto!

GAB ¡Oh, señora! (Saludándola.)

ROB. Vamos a tener una sobremesa encantadora, alegre . ¿Usted come con nosotros, Gabriel?

GAB. Desgraciadamente, no puedo acompañarlos.

ROB. ¡Cómo! ¿Por qué?

GAB. Sólo me detuve por saludar a la señora. Ayer me comprometí con el Doctor Arce y ya debe estarme esperando.

MARTA Siendo así... Pero conste que lo siento.

GAB. Y yo muchísimo. (A Marta.) ¡Señora! (A Miguel.) Hasta mañana; calma y a domar esos nervios.

ROB. ¡Cómo! ¿Qué tiene?

GAB. Nada, excitación nerviosa. Ya sabe usted cómo son estos artistas. Bueno, don Roberto...

ROB. Yo le acompaño a la puerta.

GAB. No se moleste.

ROB. Bah, no faltaba más.

GAB. ¡Adiós, muchacho! ¡Señora!... (Mutis foro derecha, seguido de Roberto.)

ESCENA VII

MARTA y MIGUEL

MARTA (Sentada, angustiadísima, con un hilillo de voz. Mientras Miguel, de espaldas a ella, mira por el foro cómo se alejan los personajes de la escena anterior) ¡Mario!... ¿No sabía usted que yo...?

MIG. ¡Usted!... Haces bien, así debes tratarme... debemos tratarnos de usted. Ya no soy Mario Ardito, soy Miguel Arnáez. Usted ya no es Marta Decreff, es la señora de Alencar, mi madrastra.

MARTA Por piedad, ese tono... Tú me abandonaste, no tienes derecho a reprocharme. Esta es una desgracia horrible... ¡no has debido venir!

MIG. (Como si declamara.) ¡Ah, destino, señora, destino! ¡¡Fatalidad!!

MARTA Pero ¿por qué no averiguaste? ¿Por qué no te dijeron...? No debías haber venido, después de haberme abandonado.

MIG. (Irónico, avanzando hacia ella.) Te amé un día...

MARTA Lo creí; pero...

MIG. Era necesario que no lo creyeses... ¡No te he amado nunca!

MARTA Pero ¿qué estás diciendo?

MIG. ¡Palabras, palabras, palabras! (Transición.) ¡El *Hamlet!* Es usted rubia y se parece a Ofelia, y yo recordaba el drama del autor inmortal.

MARTA Pero...

MIG. (Que habrá mirado por el foro.) Silencio. No hablemos más. Ya vuelve el señor don Roberto Alencar... vuestro marido y mi padre. ¡¡Mi padre!! ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA VIII

DICHOS, ROBERTO y luego JUANA

ROB. (Foro derecha.) ¡Al fin! Ya hay alegría, ya nos reímos.

JUANA (Foro izquierda.) La cena está servida.

ROB. Muy bien; vamos en seguida. (Mutis criada.) Anda, hijo, vamos... por aquí.

MIG. No, ustedes primero.

ROB ¡Oh, qué cumplidos! Vamos, Marta. (Va haciendo mutis con Marta.) Así, del brazo. Vamos, hijo ..

MIG. (Yendo tras ellos, irónico, reconcentrado, terrible.) Sí, vamos a comer, ¡¡¡padre!!! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El camarín de Miguel en el teatro. Decoración reducida con una sola puerta al foro, en la que hay una cortina de paño que puede correrse. Pocos muebles, los indispensables. Un baúl. Una coqueta con su espejo, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón la escena aparece sola y así queda unos segundos. De muy lejos llega el ruido de una ovación enorme y los bravos, acompañados de estas voces, no muy lejos, pero no cerca

Voz — ¡Arriba el telón!

Voz — Señor Arnáez, otra llamada.

(Pausa. Se oyen los aplausos.)

Voz — ¡Solo, lo piden solo!

(Aplausos que se extinguen al fin. Ruidos, carreras, martillazos, etc. Por el foro derecha aparecen Gabriel, de frac; Miguel en traje de Hamlet. Miguel arroja al entrar la capa, la espada, la peluca y el libro que siempre lleva Hamlet.)

MIG. — ¡Vaya, un acto menos!

GAB. — ¡Has estado maravilloso, estupendo, sublime! La primera escena con Ofelia, sobre todo.

MIG. — Finjo bien, ¿verdad?

GAB. — Eres un gran artista. Te transformas en la escena.

MIG — Y en la vida también. Comedia, comedia todo, mejor dicho: ¡tragedia!

GAB. ¿Empiezas otra vez, Miguel?

MIG. No; continúo. Es que no he terminado todavía. La función sigue aquí, aquí... (Señalando el pecho.) por dentro, muy por dentro, en lo más hondo.

GAB. Pero Miguel, ¿no hablaste con Marta, no le dijiste...?

MIG. ¡Todo, toda mi vergüenza, todo mi dolor! Que me creí un tiempo hijo legítimo del matrimonio de mi madre con don Pedro Eguilaz; qué más tarde supe por Roberto la horrible verdad; que don Pedro se murió de pena, y que yo no creía, no podía creer...

GAB. ¿Y ella?

MIG. Me dijo que no cabía dudar; que Roberto era mi padre; que si no lo quería debía respetarle; que nuestro amor era imposible.

GAB. Y dijo bien. Calla, cumple tu contrato, soporta esta temporada. Luego te vas lejos.

MIG. ¡Lejos!... ¡Nunca podré irme lejos de mi mismo!

GAB. Marta fué sensata, tú debes serlo.

MIG. Yo no puedo. Esta noche menos que nunca. Esta obra siempre tuvo una gran influencia sobre mis nervios; ahora, en las circunstancias actuales, la influencia es aún mayor... ¡Es decisiva! Y es que todos somos los personajes del *Hamlet* con otros nombres. Yo soy Hamlet, tú eres Horacio, el bueno, el prudente, el leal Horacio; mi padre es Claudio, el rey de Dinamarca...

GAB. ¡Por Dios, no hables así; pareces loco!

MIG. No, no, no lo estoy, ¡y quisiera estarlo! Cuando he visto a Marta como en otro tiempo, vestida de Ofelia, he vuelto a despertar al amor, se ha vuelto a encenderse aquí, en el pecho, esta llama que me consume..

GAB. Pero piensa en tu deber, Miguel.

MIG. Hamlet era egoísta; pensaba más en su situación que en sus deberes. Yo, al pensar que ese hombre, ese hombre que se dice mi padre, (Exaltándose.) me arrebató al que llamaba padre mi corazón, manchando el honor y la memoria de mi madre, ¡le odio, le odio, y siento ganas de matarlo, de hacerlo pedazos entre mis manos!... y...

GAB ¡¡Miguel!!

MIG. (Transición, casi llorando.) Y no me atrevo, y vacilo y tiemblo... ¡Como Hamlet! Comprendo que en mi situación lo único noble es matarse...

GAB. ¡No, eso no!

MIG. (Exaltándose.) ¡Sí, eso sí! (Transición.) Pero no tengo valor. Aunque mi vida no tiene objeto, estoy atado a la vida. ¡Como Hamlet! (De nuevo como quien delira.) ¡Sí, soy Hamlet, y tú eres Horacio!...

VOZ (De don Mariano, dentro.) ¿Se puede? (Entrando.)

MIG. Y este es Polonio... Adelante.

ESCENA II

DICHOS y DON MARIANO que habrá entrado antes por el foro derecha con el traje de Polonio, en «Hamlet»

D. MAR. ¿Decía usted, señor director?...

GAB. Me explicaba el drama que representan ustedes...

MIG. Y le decía que usted es Polonio, el viejo Polonio, palaciego, adulador, estúpido...

D. MAR. Yo, señor...

GAB. En la farsa, se entiende, en su papel.

MIG. Claro está.

GAB. Y elogiaba su interpretación.

D. MAR. ¡Oh, bah! ¡Don Miguel es el que está eminente, inconmensurable! ¡Estoy asombrado!

VOZ (Dentro.) ¡Ese rompimiento más alto!... ¡Sí... eso es!

D. MAR. Soy sincero, absolutamente sincero...

MIG. Gracias. (Sentándose. Aparte.) ¡Cortesano, adulador, estúpido!

ESCENA III

DICHOS. ROBERTO, DON PASCUALE. Aquel de frac, foro derecha

ROB. ¡Hijo, querido hijo, mi orgullo! ¡¡Qué triunfo!! (Abrazando a Miguel.)

MIG. Gracias. Perdone usted si no me levanto, estoy tan cansado.

ROB. Quieto, quieto, no faltaba más. Estuve hablando con unos abonados. Declaran que no han visto nada mejor. En efecto has estado sublime

GAB. Muy bien, sí señor.

D. MAR. Eso le decía yo ahora mismo.

ROB. Asombroso, ¿verdad? (A don Pascuale, que desde que entró se pasea por el foro, mal humorado.)

D. PAS. Sí siñore, veramente sublime. Ma dopo tutta cuesta sublimitá, lu publico non quiere venire. (Miguel desde el sofá le lanza una mirada desdeñosa.)

ROB. ¿Qué dice usted?

GAB. ¡Hombre! (Los tres casi a un tiempo.)

D. MAR. ¡Eh!

D. PAS. Niente, niente. Yo soy napolitano, meridionale, e dico la veritá. Usté lu mira cu lo oco de padre, ustedes lu dos lu miramo cu lu oco d'artista, e d'amico, ma io tengo lu oco d'impresario e tengo da mirare la billetería... ¡Oh!.. ¡Altro que storie!

ROB. ¡Oiga usted!

MIG. (Haciendo callar a Roberlo.) Sss, calle. (A don Pascuale.) ¿Qué me quiere decir con todo esto.

D. PAS. (Gesticulando mucho.) E... qué me quiere decir, me quiere... Osté mi comprende moy bien.

MIG. ¡No señor, no le entiendo a usted!

GAB. ¡Oh, no le hagas caso!

D. PAS. ¿Cóme que non me haga caso?

MIG. Hable, hable..

ROB. Pero esta no es ocasión...

D. PAS. (Esforzándose en vano por parecer amable.) Mire, siñore don Miquelitto; osté mi debe perdonanare, ¿sabe? ca io, hay entrado un poco violento, ma ¡qué diábolo! comprenda, riflessione nu momento, ca io stoy perdiendo na grande cuantitá di danaro e... non posso...

D. MAR. Bien, pero yo creo...

GAB. Este no es el momento. (Casi a un tiempo.)

ROB. Más tarde.

MIG. ¡No, ahora, ahora mismo! (Violento, pero sin levantarse.)

D. PAS. Buono, ma non grite; hágame lu favore, don Miquelitto, nun grite.

VOZ (De hombre, dentro.) ¡Peluquero!

OTRA (Dentro.) ¡Va!

D. PAS. Yo so que osté stá un grande artista, un attore stupendo e mañífico. ¡Oh! Ma, óigame nu momento. Miércoles hemo tenido cuatrochento ventidúe, di entrata in tutto, con *La Morte Chivile*; cueves, trechento e quaranta con *La Morte ne lo labios*; ayere, viérnese, duechente (veinti due) con *Vita Alegre e Morte triste*, e hoy, con *L'Amleto*, non saye vendido medio teatro. (A Gabriel que quiere interrumpirle.) Sí, sí, ya so lo que me va a decir, que cuesta e la grande trachedia de lo gran de chaspiergo, sí siñore, está perfettamente, ma... (Sacándose un papel del bolsillo.) eco qüí, aquí está lo borderotto (Quiere decir bordereaux.) otochento cuaranta... ¡sábato, fíquese bien! ¡sábato! ¡¡Hágame un poco lu favore, sábato!!

MIG. ¡Ya lo he oído!

D. PAS. ¡Cuesta e la rovina! (A Miguel que sonríe desdeñosamente.) Sí, sí, osté se ríe, ma... ¿Sabe osté dove andiamo a parare así? (Pausa.) ¿No? Bene, io ne tampoco; ma cuesto non puote ser... nos puote ser... e non puote ser.

D. MAR. Es que eso depende a mi juicio...

D. PAS. Lo cuicio d'osté non me ne importa propio niente. Yo hablo con lu diretore.

ROB. Hombre...

GAB. Es que ..

D. MAR. Yo...

MIG. (Con calma aparente.) Callen, calle usted, don Mariano. Vamos a ver hasta cuando habla.

D. PAS. Hasta que se m'acabe la rachone, que non se m'acaba nunga perque la tengo más inchima de lo pelo, la tengo. ¡Oh! Yo cuando teneva lo chirco haye ganado platta e oro... cuando teneva la sarsuolitta, haye hecho affari, negozio, e con el chinematógrafo, pure, también, sí siñore; ahora me haye dedicato al arte, te haye traído a osté, que e n'artista stupendo ..

MIG. Gracias. (Irónico.)

D. PAS. Sí siñore, come te dico na cosa te dico laltra, stupendo, maravilloso e chélebre .. ma... lu público non viene... ¡Oh! Cuesta e la cosa.

¿E perqué non viene la quente? Perque cuá rapresentiamo lu dramma malincónico e profondo, sí siñore, perque toda la noche sa muerono cuatro o chinque sopra la tablas, perque cuesta e la compañía de lo cadávere; perque cuesto non e más un teatro. e nu camposanto, nu chimitero, e nu panteón. ¡¡Uf!!

GAB. Hombre, no es posible tolerar...

ROB. Yo...(Todos quieren hablar.)

MIG. (Conteniéndolos.) ¡Déjenlo, déjenlo, a ver!

D. PAS. Entonce, io hay pensado. Il público quiere lu teatro per divertimento... ¡Oh! E si come cuatro autori amicos míos, hano traduchido na pieza molto graziosa, na cosa franchese... de risa..: io propongo que se haga... ¿Eh? ¿Qué li parece?

GAB. ¡Qué barbaridad!

ROB. ¡Hombre!

MIG. Sss, silencio. (A don Pascuale.) Muy bien. Me parece muy bien: usted pone la traducción esa.

D. PAS. Lu teatro se piena.

MIG. (Levantándose.) Y yo me voy a mi casa.

D. PAS. ¿Cóme que se va osté a su casa?

MIG. ¿Cómo? Ya lo verá usted: desde mañana no trabajo.

D. MAR. ¡Pero señor! (Casi a un tiempo.)

GAB. ¡Miguel!

ROB. ¡Hijo!

D. PAS. ¿Quiere decir que osté se ha enocado?

MIG. No; quiere decir que no le convengo...

D. PAS. Mire osté...

ROB. Pero Miguel.

MIG. ¡No miro nada! ¡Se acabó! ¿Lo entiende usted? ¡Se acabó!...

D. PAS. ¿Eh?

MIG. Y basta. Yo no trato con animales.

D. PAS. ¿Animale yo? ¿Yo sono un animale? Stá bene. Yo sono trenta año impresario. Yo ho tenuto teatri a Nápoli, mio paese, a Marsilla, a Parichi, a Londra, e per fino a Buonos Arie e al Cairo... (Gritando cada vez más.) E hayo gañado sempre platta, mucha platta, ¿sabusté? ¿Osté se quiere ir? Stá perfettamente. Váyase. Yo pongo cuá nu carache e pie-

no d'automovile la platea, e gaño platta, e osté se secue así andrá senza cravata e senza camicha ..

MIG. (Fuera de sí, asiéndole por una solapa.) ¡Oiga usté! ¡Basta ya! ¡Aquí en mi camarín no grita usté más, ¿sabe? A mí no me grita ni usté, ni nadie! (Le da un empujón.) ¡Largo, imbécil! ¡Fuera de aquí, fuera!

D. PAS. ¡¡Don Miquelitto!! (Muy asustado. Todos contienen a Miguel.)

GAB. ¡Miguel, por Dios!

ROB. ¡Calma, hijo!

D. MAR. ¡Señor!

MIG. (Ya con menos ira.) ¡Idiota!

D. PAS. (Muy humilde.) Está comprendido, me voy... sí siñore... Ma nostá bene lu que osté haye hecho conmigo, don Miquelitto. (Casi llorando.) Yo non haye querido offéndere... lo chiuro per la madonna santísima, per San Chenaro benedetto... Yo estoy lu más grande aumiratore de osté; yo haye tenido na buona intenzione, sí siñore; lo chiuro per la verchine santisísima...

MIG. Bueno, bueno, está bien; márchese, se lo ruego...

D. PAS. Sí, siñore, me voy... me voy... Ma io non haye querido offendere, e se mañana non quiere trabacare... Yo so lo que debo hacer...

MIG. ¿Qué?

D. PAS. Niente. Ma tomo dos o tres pastillita de sublimato corosivo e acabo di soffrire... (Casi llorando.)

MIG. ¡Oh!

GAB. ¡Pobre!

D. PAS. (Medio mutis.) Me voy... E olvide tutto cuanto haye dicho... (Otro medio mutis.) Ma duele el corazón, ma duele, parola mía d'onore per haberla ofeso sin querere... Esta e la sua casa, e osté manda acá... Salute, don Miquelitto, salute... Buona noche, siñore... Buona noche... Riverisco. (Mutis foro haciendo muchas reverencias.)

ESCENA IV

DICHOS, a poco JOSEFINA, luego FERNÁNDEZ MELLADO y FERMÍN CABEZAS, viejo, calvo y teñido

MIG. (Mirando al cielo.) ¡Señor, señor, uf!

GAB. Es un infeliz.

JOS. (Vestida de Reina del Hamlet) ¿Hay permiso? ¡Oh, cuánto bueno por acá!, señor Alencar, Gabriel... (A Roberto.) Estará usted orgulloso... ¡qué actorazo! ¿Con quién reñía?

D. PAS. (Dentro.) Hagano lu favore, quiteno sto telone de en medio que casi maye roto l'anima.

GAB. Con ese, ya lo oye usted.

JOS. Se pasa la vida renegando.

FERN. (Que llega con Fermín; éste se queda en el foro, chistera en mano.) ¡Epatant, querido!... (Abrazando a Miguel.) ¡¡Maravilloso!! (A Fermín.) Pase usted, don Fermín... (Presentándole a Miguel.) El señor don Fermín Cabezas, distinguido literato americano. .

FERMÍN ¡Un admirador más!...

MIG. Gracias, tengo mucho gusto.

FERMÍN Y yo un verdadero goce. Soy americano, ¿no?; he recorrido todo el viejo y el nuevo mundo, visitando las urbes gigantescas y cosmopolitas; he visto a las más relevantes lumbreras del escénico arte, ¿cómo no?; pero jamás, jamás de mi vida sentí la emoción que ha sacudido mi ser hoy al contemplar su esmerado trabajo.

MIG. Gracias.

FERMÍN (Continúa su discurso sin soltarle la mano.) No tiene usted nada que agradecer. Yo soy quien agradece a Dios la ventura inmensa de haber contemplado su trabajo que ha suspendido los latidos de mi corazón y ha hecho que se me pare el pelo... al ver lo maravilloso de sus múltiples y variados talentos escénicos, cuya grandeza sólo es comparable a las alturas de nuestros volcanes y de nuestros Andes y al caudal sonoroso de nuestros ríos que brillan bajo el sol. (Suelta la mano de

Miguel y se vuelve saludando a todos como si esperara la enhorabuena por su discurso.) ¡Señora, caballero!

FERN. Lo presentaré a usted. El señor don Fermín Cabezas, distinguido literato americano; Josefina Díaz, ilustre actriz...

FERMÍN Encantado, encantado, ¿no?

FERN. Mi amigo Gabriel Lavalle...

FERMÍN Encantado, encantado, ¿no?

FERN. Don Roberto Alencar, padre del genio...

FERMÍN ¡Ah, el padre! ¡¡Señor!!

D. MAR. María Alvarez, modesto actor.. (Se inclina. Fermín no le hace caso.)

ROB. Siéntese usted.

FERN. Pues sí, artista genial. Ha estado usted sencillamente grande. Mañana lo diré en *La Verdad Artística.*

MIG. ¡Oh, gracias; no soy yo, es la obra!...

FERMÍN La piesita es muy linda, muy linda, ¿cómo no? Pero usted también ha llegado al paroxismo, sí señor...

MIG. Gracias.

FERMÍN Nada, nada... ¿De quién es la piesita?

GAB. Hombre, de Shakespeare...

FERMÍN Ah, ah... ¿Será académico, no?

MIG. Ha muerto.

FERMÍN ¿Se murió no más?

MIG. Nada más.

FERMÍN ¿Qué lástima, no? Los hombres talentudos debían ser eternos, como la nieve que corona de bruñida plata las cumbres. Usted es una cumbre. Y le advierto que ha hecho una conquista.

ROB. ¿Sí?

FERMÍN Sí, ¿cómo no? La ministra japonesa que no le quita el anteojo en toda la noche. Está entusiasmadísima. En cambio el ministro japonés está loco por usted. (A Josefina.)

JOS. ¡Qué bromista!

FERMÍN Mi palabra de honor. Y me lo explico, claro, ¿cómo no? Como las japonesas son tan menudas, y tan petisas lo ha entusiasmado su opulencia. ¡Ah, no les parece! .. ¡Una reina venusina y ebúrnea!

VOZ (Dentro.) ¡Más atrás ese forillo!

FERMÍN (Asustado.) ¿Eh, qué es eso?

FERN. No es nada; los tramoyistas que preparan la decoración.

FERMÍN ¿Qué cosa bárbara, no?

JOS. ¿No ha estado nunca en un escenario?

FERMÍN Es la primera vez, señorita.

JOS. ¡Esto es una babel! Gritos, telones que caen, carreras...

FERMÍN ¡Qué cosa! ¿No?

JOS. Nosotros ya estamos acostumbrados...

D. MAR. ¡Figúrese usted! Se pasa uno la vida aquí... ¡¡Yo llevo cuarenta años de teatro!!

MIG. Sí, y ha trabajado con Catalina, Valero, Calvo, Vico...

D. MAR. Ninguno tan eminente como mi querido director.

FERMÍN ¡Eminente, eminente, esa es la frase!...

MIG. Gracias.

FERMÍN Yo quedé tan encantado de su trabajo en este rol, que me dije inmediatamente, voy a ver al amigo Fernández Mellado, el que está tan vinculado con los artistas...

FERN. Desde el primer entreacto está tras de mí para que lo presente...

MIG. Muy amable...

FERMÍN Yo adoro a los artistas y al arte, sobre todo el arte español, el de mi madre patria, ¿no? Y siempre que veo el triunfo de un artista hispano, siento que vibra no más la cuerda patriótica dentro de mí, como si rugieran en mi pecho los mil cachorros del león ibero que a través de los mares reciben savia y vida, amamantándose en la urbe inagotable, fecunda y gigantesca de la madre Patria!

GAB. ¡Es usted un gran orador!

FERMÍN Pchs, costumbre, ¿no? He dado muchas conferencias en mi vida... También he escrito dos piecitas para el teatro... ¡no vayan a creer!...

JOS. ¿Ah, sí? ¿Estrenadas dónde?

FERMÍN Inéditas, señorita. Aunque me esté mal el decirlo, no las comprende cualquiera... De eso quería hablar con don Miguel, cómo no. A ver si le leo una de ellas que se llama «El Engranaje de los Siglos», en siete actos; es una piesita muy fuerte. Pero, en fin, veo con dolor que no me llevan el apunte...

MIG. Hombre, ¿cómo le han de llevar el apunte antes de estrenar?...

FERMÍN No, en mi tierra se dice llevar el apunte, a hacer caso; veo que no me hacen ustedes caso... No, no, si comprendo, comprendo, no me diga... ¿Tiene usted la preocupación natural del rol que está jugando ¿no? Pero yo volveré y entonces hablaremos dilatadamente, ¿no? Saludo a todos... a todos... Fermín Cabezas, obsecuente servidor... Adiós, mi amigaso... Voy a mi luneta a gosarlo todo por entero en este acto... A deleitarme... Vamos, amigo Fernández, vamos...

FERN. Por aquí, por aquí... Hasta ahora, ¿eh?...

FERMÍN Buenas noches... (A Fernández Mellado.) Estoy encantado, encantado; sí, pues... es admirable .. ¿cómo no?... admirable... (1)

ESCENA V

DICHOS, menos FERMÍN y FERNÁNDEZ MELLADO. Luego el TRASPUNTE

MIG. (Después de una pausa.) Qué les parece a ustedes, ¿eh? El ser primer actor tiene sus graves inconvenientes...

TRAS. (Levantando la cortina.) ¿Puedo dar la tercera, señor Arnáez?

MIG. Sí, sí, empieza... (Mutis el Traspunte.) ¡Gracias a Dios!

JOS. ¡Uy, y yo sin ponerme la corona!... Voy corriendo! (Mutis foro.)

D. MAR. Yo aparezco... Con el permiso de ustedes... (Mutis.)

VOZ DEL TRASPUNTE (Dentro.) ¡Que voy a empezar, que empiezo!

GAB. Yo también me voy. Que vaya en aumento, chico...

ROB Y yo, hijo, ¿necesitas algo?

MIG. No.

ROB. Voy a verte entre bastidores...

---

(1) El actor cuidará de pronunciar suavemente la c delante de e, i, como si fuera s.

VOZ DEL TRASPUNTE ¡Se ha empezado!

ROB. (A Gabriel.) Vamos, vamos... Hasta ahora, hijo... (Mutis Roberto y Gabriel.)

ESCENA VI

MIGUEL solo; luego el TRASPUNTE

Miguel descorre la cortina. Quédase un momento en el foro como quien escucha. Hay un gran silencio Miguel va al espejo y corrige su caracterización

TRAS. (Bajito.) Se ha empezado, don Miguel. (Ha asomado la cabeza tan solo y desaparece. Miguel se pone la capa y coge el libro. Mira a Marta que cruza por el foro.)

ESCENA VII

MIGUEL y MARTA en traje de Ofelia

MIG. Marta... ¿Dónde va usted?
MARTA A mi cuarto, como tardo en salir...
MIG. Yo también tardo, pase usted.
MARTA ¿Para qué?
MIG. ¿Me tiene usted miedo?
MARTA (Entrando.) ¡Oh, no, eso no!
MIG. (Corre la cortina del foro y la cierra.)
MARTA ¿Para qué corre usted la cortina?
MIG. Porque tenemos que hablar. (De espaldas al foro para impedirle la salida.)
MARTA ¿De qué?
MIG. ¡Oh, basta, basta, sufro demasiado!
MARTA Yo también sufro; pero ¡qué remedio!
MIG. En ti está no sufrir.
MARTA ¿En mí?
MIG. ¡Sí! Ya sabes el secreto de mi vida, ya sabes que Roberto...
MARTA Es tu padre.
MIG. No.
MARTA Sí. Tú no puedes ni debes discutirlo. No cabe. La carta de tu madre, la que ella escribió a Roberto, lo decía bien claro: «Nuestro hijo», decía. El encargo de ella al morir...
MIG. ¿Y si mi madre hubiera mentido?

MARTA ¡Mentir!.. ¿Para qué?

MIG. Por coquetería de mujer, por halagar la vanidad de su amante... ¡De su amante! ¡¡Y estoy hablando de mi madre!!... ¡Es horrible, es horrible!

MARTA ¿Lo ves? Tú mismo te espantas...

MIG. Porque me espanta la verdad; pero la busco. Y todo esto es verdad, puede ser verdad; mi madre pudo mentir; pudo equivocarse... y en esta duda habla mi corazón; mi corazón que adoró en el viejo, mi corazón que aborrece a Roberto, mi sangre que hierve por ti; si yo fuera hijo de Roberto no te querría como te quiero...

MARTA ¡Oh, calla, calla, es tu padre; es un crimen lo que pretendes!..

MIG. Crimen fué el suyo. Y tú eres mía, tú eres el amor y la venganza...

MARTA ¡Oh, no, eso sería monstruoso!...

MIG. ¡Monstruoso!... (Se detiene un momento.) No sé si soy un monstruo, no lo sé... Acaso... (Exaltándose de nuevo.) Sólo sé que mi corazón es un abismo lleno de todos los odios y de todos los amores... ¡Te quiero, fuiste mía, volverás a serlo!

MARTA Miguel, por Dios, no; yo se lo ruego, déjeme usted salir; esta es una locura horrenda, espantosa; no, no...

MIG. (Siempre de espaldas al foro, como soñando.) ¡Ofelia mía, Ofelia! ¡Qué hermosa estás así, toda blanca, como un ensueño, como antes cuando eras la compañera de Mario Ardito! ¡¡Mi compañera!!

MARTA ¡Estás loco, loco!...

MIG. No, soy Hamlet, el príncipe voluptuoso. (Cogiéndola.) Y tú me quieres, sí, me quieres y no puedes negarlo, y tiemblas, y vienes a mí, porque es tu destino y nadie podrá impedirlo...

MARTA (Casi vencida.) ¡Mario, por compasión!...

MIG. Así, así, llámame Mario, como antes, con el nombre de otro tiempo, y ven, ven, escapemos de esta prisión y de esta mentira que nos ahoga.

MARTA ¡Oh, calla, pueden venir!

MIG. No; eres mía, para mí, para mí solo. (La besa.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON MARIANO que levanta la cortina y entra

D. MAR. ¡Oh! (Sorprendido.)

MIG. (Como delirando.) ¡Ah, Polonio, el que escucha detrás de las cortinas!...

MARTA ¡Miguel!...
D. MAR. ¡Señor!... } (A un tiempo.)

MIG. (Rápido desenvainando la espada.) Hamlet lo mato así, como a una rata... (Le tira un viaje.)

D. MAR. ¡Don Miguel, por Dios! (Muy asustado esquivando el golpe.) ¡Socorro!

ESCENA IX

DICHOS y el TRASPUNTE

TRAS. ¡Señor!

MIG. ¡Ja, ja, ja!...

TRAS. ¿Va usted a salir, señor Arnáez?

MIG. Voy... (A don Mariano.) Así es la expresión justa del miedo... Vamos. (Al Traspunte. A don Mariano.) No lo olvides... con cara de terror... así es la escena. ¡Ja, ja, ja!... (Mutis con el Traspunte.)

ESCENA X

MARTA y DON MARIANO

D. MAR. ¿Qué le dió, así, de repente? Este hombre tiene venas de loco...

MARTA No lo sé. Déjeme, déjeme usted sola, se lo suplico.

D. MAR. Señora, excuso decirle, que yo... como si nada hubiera visto. Mi discreción.

MARTA Calle, calle, por favor...

D. MAR. Yo le prometo a usted que no diré una palabra; en cuanto a ese loco...

MARTA Sí, dejeme ahora; márchese... (Se oye dentro una ovación que se inicia y cesa de pronto.) ¿Oyó usted?

D. MAR. Aplausos en esta escena... ¡Qué raro! ¿Qué habrá hecho?
UNA VOZ (Dentro.) ¡Ese telón, abajo, echarlo!
MARTA Pero, ¿qué ocurre? (Van a salir.)

ESCENA XI

DICHOS, ROBERTO, luego JOSEFINA, luego GABRIEL, después MIGUEL y todos los personajes del acto y algunos de «El Hamlet», que se agolpan en el foro o permanecen en segundo término

ROB. ¡Qué horror, qué horror! (Entrando.)
MARTA ¿Qué?... (A un tiempo.)
D. MAR. ¿Qué pasa?... (A un tiempo.)
ROB. Miguel... (Sin poder hablar.) le ha dado un ataque... como los míos... (Se deja caer en un diván.) No quiero verlo, no tengo valor...
MARTA ¡Jesús!
D. MAR Un médico, pronto...
JOS. (Entrando.) Ya han ido por él...
MARTA ¿Pero cómo fué?
JOS. Estaba haciendo la escena conmigo, de pronto...
ROB. (Viendo entrar a Gabriel.) Gabriel, Gabriel...
GAB. Calma, calma, no fué nada... Se levantó él solo.. Viene hacia acá, por su pie. No le pregunten nada, por favor, cuidado.
MIG. (Aparece palidísimo y se detiene en el centro de la escena, con la mirada extraviada. Pausa. Todos los demás personajes del acto están agolpados al foro.)
ROB. (A Gabriel.) ¡Mire usted qué cara! Está aun bajo la influencia del ataque.
(Todos le miran. Pausa larga.)
MIG. (Reparando en Ofelia.) ¡Ah, tú, madre... (Roberto hace señas de que calle) madre y señora mía... no huyas!... ¡Tú cometiste una acción que mancha la tez purpúrea de la modestia y da nombre de hipocresía a la virtud! ¡No huyas, madre, ven!... ¿Cómo olvidaste toda la gracia que residía en aquel semblante? ¿Cómo pudiste abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo?
JOS. (A don Mariano.) Está loco, yo tengo miedo...
D MAR. Calle usted...

MIG. Ah, no, madre, no; aparta de ti aquella porción más dañada y vive con la que te resta, más inocente... ¡No vuelvas al lecho del incesto, madre! ¡¡Yo no quiero!! (Se exalta.)

GAB. Miguel...

ROB. Si, silencio...

MIG. No, madre, no; no vuelvas... (Mira en derredor y repara en Roberto.) al lecho de ese reptil inmundo, incestuoso y pestífero... ¿Eh? (Mirando.) Sí... Rey Claudio, sí... tú, tú eres... me escuchas y sonríes... Miserable, traidor, entre mis manos he de ahogarte...

ROB. Hijo, hijo mío... (A Miguel le da el ataque de epilepsia con toda fuerza y cae, retorciéndose. Todos le rodean. A Gabriel, llorando.) ¡Como yo, como yo! ¡Es mi castigo!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Es durante la misma noche del acto anterior. Sala sobria y severamente amueblada. Al fodo una alcoba, separada por una gran puerta de cristales. Un sillón amplio. En una silla las ropas de Hamlet. En la pared un retrato de mujer. Derecha, primer término, puerta. Izquierda, segundo termino, puerta. Un balcón, cerrado. Al principio de la escena se oye rugir el viento, pero pronto cesa.

ESCENA PRIMERA

MARTA, ROBERTO, GABRIEL, el DOCTOR CALVET y JUANA, que entra por la derecha

ROB. Desde luego yo creo que sí...

DR. CAL. Por lo menos es lo único que se puede hacer por ahora...

GAB. ¿Y no hay peligro de que pueda repetir?

DR. CAL. Hay, es decir, en estos días, yo creo que no.

JUANA (Entrando.) Aquí está, señorita (Trae un frasco.)

DR. CAL. ¿A ver? (Cogiéndosele.) Sí, esto es...

JUANA He tardado porque no había ninguna farmacia abierta por aquí cerca...

MARTA Está bien, vaya. Acuéstese usted vestida por si se le necesita.

JUANA Con permiso de la señora... (Mutis por dentro cuarto.)

ROB. Como le decia a usted, el médico del teatro le vió antes; pero yo sólo tengo confianza en usted, doctor. ¡La verdad, se lo ruego, la verdad por triste que sea!

(Todos demuestran una gran ansiedad. El diálogo de todos muy vivo. Solo el Doctor reflexiona y habla con lentitud.)

DR. CAL. Yo no puedo asegurar nada porque no lo vi en el momento del accidente. (A Marta.) ¿Estaba usted?

MARTA En el segundo sí...

DR. CAL. Hum.

GAB. Cuando le cogimos en brazos se retorcía, forcejeaba...

DR. CAL. ¿Tuvo espuma en la boca?

GAB. No.

ROB. No. (Casi a un tiempo.)

DR. CAL. Los dos ataques tan seguidos, pudieran ser un síntoma... La lengua tampoco presenta señales de mordeduras... pero...

ROB. Pero, ¿qué, Doctor?

GAB. ¿Qué?

MARTA ¿La verdad? (Casi a un tiempo.)

DR CAL. ¡La verdad! La verdad no la sé yo mismo todavía... Hay que esperar...

ROB. ¿Es grave?

GAB. ¿Hay peligro, Doctor?

DR. CAL. Por ahora muy remoto... mañana...

ROB. Mañana, ¿qué?

MARTA ¡Doctor! (Casi a un tiempo.)

DR. CAL. Mañana sabremos algo... ¿Es la primera vez que tiene estos ataques?

MARTA (Vivamente y conteniéndose de pronto.) ¡No!

ROB. (Extrañado.) ¿Cómo?

MARTA Decía que no le han dado nunca desde que está aquí.

ROB. Casi no ha vivido con nosotros.

DR. CAL. ¿Tuvo alguna contrariedad, algún disgusto serio?

ROB. Una molestia con la empresa; pero sin importancia...

GAB. Está muy nervioso desde que llegó.

MARTA Siempre violento, de mal humor...

DR. CAL. Bueno, bueno. Yo creo que... (Mira a Marta y luego a Roberto con una mirada de inteligencia.)

ROB. Puede usted hablar, Doctor, diga...

MARTA Yo le quiero como si fuera mi hijo... pero, no importa, hable...

DR. CAL. Bueno. Por lo que he podido observar en mi primer examen...

MARTA Sí...
ROB. Qué... (Casi a un tiempo, con gran ansiedad.)
GAB. Doctor...
DR. CAL. ... Me atrevo a asegurar que no hay lesión ni el en cerebro ni en el corazón. Un mal que esté en los centros nerviosos, tal vez...
ROB. ¿Qué clase de mal?
DR. CAL. Hum... Por ahora parece que se trata de un fuerte ataque de nervios. Rabia contenida, en fin... No puedo asegurar. Desde luego se nota que es un sujeto muy sensual, acaso un candidato a la satiriasis...
ROB. ¡Doctor! (Muy asustado.)
DR. CAL. Calma, calma, no aseguro. El está sano, aparentemente sano y robusto, pero... Pudiera ser un ataque de epilepsía... ¿Usted ha padecido epilepsía alguna vez... (Después de haber quedado un momento pensativo.)
ROB. De niño, sí. Ya hombre me dieron tres o cuatro ataques; estuve en un sanatorio.
DR. CAL. ¡Ah, ah! ¿Había nacido ya Miguel?
ROB. Sí, había nacido. (Avergonzado.)
DR. CAL. Bien, bien.. Y... la madre, (A Marta.) Perdone usted si hablo del pasado...
MARTA Oh, no siga...
DR. CAL. Era una mujer, así... exaltada, romántica, en fin... (Roberto asiente cen la cabeza.) Bueno. Pues lo único seguro por hoy es que se trata de una gran excitación nerviosa. Está como alucinado. Pero no hay gravedad, ni la espero. Yo volveré mañana. Por esta noche, esas cucharadas y descanso. Que no hable mucho, pero no lo contraríen. Si tiene hambre que coma una cosita ligera, sin sal; pero nada de alcohol, ni vino, ni café, ni tabaco .. Por lo demás no lo contraríen... Y... hasta mañana.
ROB. ¿Volverá usted, Doctor?
DR. CAL. Antes de las nueve. Señora, buenas noches. (A Gabriel.) Caballero.
GAB. Yo le acompaño.
DR. CAL. Gracias, usted quiere molestarse.
GAB. ¡Bah!
DR. CAL. Don Roberto.
ROB. No falte usted, Doctor.

DR. CAL. Antes de las nueve estoy aquí; pero calma, ¿eh?, calma, no será nada.

ROB. Gracias, Doctor, muchas gracias.

DR. CAL. Hasta mañana... (Mutis.)

ESCENA II

MARTA y ROBERTO

MARTA ¿Tienes miedo?

ROB. Tengo pena, pobre muchacho. Miedo ya no tanto. Si fuera epilepsia, que es lo más probable, la epilepsia se cura. Ya lo sé.

MARTA ¿Tú la tuviste?

ROB. Sí; no me hables de ello. Me parece que debes acostarte. ¿No estás cansada?

MARTA Sí, mucho; pero...

ROB. Acuéstate. Gabriel y yo velaremos, si hiciera falta; aunque yo creo que no...

ESCENA III

DICHOS y GABRIEL

GAB. ¡Vaya! Se fué ya...

ROB. ¿Le ha dicho a usted algo más?

GAB. No, nada. Fué sincero con ustedes...

MARTA Entonces, queda usted en su casa, Gabriel. Yo estoy muy cansada.

GAB. Vaya usted; usted también, yo me echaré en la meridiana del despacho...

ROB. Yo le acompaño a usted un poco, y luego me acuesto ..

MARTA Si lo ves tranquilo, vienes pronto... Con permiso.

GAB. Buenas noches, señora...
(Mutis Marta por la izquierda.)

ESCENA IV

GABRIEL y ROBERTO, luego MIGUEL por el foro, puerta de cristales

ROB. ¡Es horrible, Gabriel, es espantoso! Yo soy el culpable de todo, ya lo ha oído usted. El

muchacho ha heredado la enfermedad de mi juventud.

GAB. Y algo más triste.

ROB. ¿Más triste?

GAB. Sí; usted me honra con su amistad; de Miguel fuí siempre como un hermano, tengo el deber de ser franco...

ROB. ¿Y bien?

GAB. Miguel está enfermo de pena; es un enfermo moral. ¡Y usted le ha dado toda esa tristeza!

ROB. ¿Yo? ¿Qué queja tiene de mí? ¿No he cumplido con todos mis deberes? ¿No he sido un buen padre?

GAB. Precisamente por eso. Si a don Pedro le dijo usted la verdad...

ROB. Yo nada dije, el oyó casualmente...

GAB. Debió usted negar.

ROB. Me faltó cinismo,..

GAB. Bueno, pero a Miguel, ¿qué necesidad tenia usted de decirle?

ROB. Era mi deber...

GAB. Perdone usted, deber mal entendido. Miguel tenía nueve años cuando supo el secreto de su nacimiento: creía en el honor de su madre que usted le mostró manchado...

ROB. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

GAB. Adoraba en don Pedro Arnáez, le creía su padre... Con el corazon no se puede jugar a la pelota, don Roberto... Le trajo usted a su lado y se le escapó: ahora no puede vivir con usted, sufre, ¡y es natural! Sí, sí; no basta una frase, no basta un papel escrito que nos diga «ese no es tu padre» para que dejemos de querer, de repente, a quien por tal tuvimos, para que el corazón pierda su ternura y cambie de hábito sentimental, y sobre todo, no se puede, no se debe entristecer en un hombre las fuentes de su vida, el único recuerdo santo, la madre. (Pausa.) El secreto no era ya de usted solo; era de la pobre muerta que le había hecho a usted la limosna de su amor; la verdad era un crimen, porque la mentira era toda la paz de una vida inocente. No, no, no, hizo usted mal, muy mal; Miguel paga culpa que no

son suyas. Usted... usted... se ve castigado en el hijo de sus malos amores. Todo se paga y...

ROB. Calle, calle usted, por favor, se lo ruego... (Pausa.)

GAB. Créame usted a mí. Si Miguel se escapó una vez de su lado, cuando empezaba a ser hombre, aléjelo usted ahora; que se marche, que olvide... ¡Oh, Miguel! (Viendo a Miguel, que ha llegado hacia ellos, vestido con pijama grueso y obscuro. No se le oye andar.)

ROB. (Poniéndose de pie, muy asustado.) ¡Hijo! ¿Por qué te has levantado?

MIG. (Que suele acompañar sus palabras con un movimiento del brazo, como quien tiene un velo delante de los ojos y quiere desgarrarlo.) No podía estar. Me ahogo en la cama. Me sentaré aquí. (En un sillón.)

ROB. ¿Quieres tomar algo?

MIG. No.

GAB. Una taza de leche.

MIG. No. Quiero fumar.

ROB. No puedes, lo ha prohibido el médico...

MIG. ¡El médico!... El médico no puede curarme.

ROB. Descansa, hijo, es mejor.

MIG. ¡No! No puedo. Oigo ruido, aquí, como un mosconeo...

ROB. Es el viento que silba en esa ventana.

MIG. No. Sois vosotros, es vuestra charla. .

ROB. Entonces...

MIG. Entonces quiero estar aquí; pero sólo.

ROB. Es que...

MIG. Solo, quiero estar solo; aquí descansaré.

ROB. } (A un tiempo.) Pero, hijo...
GAB. } Mira...

MIG. Volveré pronto a acostarme; ¡pero quiero estar solo!

GAB. Bueno, bueno. (A Roberto.) Vámonos. El médico ha dicho que no le contrariemos. Hasta mañana, chico. Yo no me marcho, duermo aquí...

ROB. Hasta ahora... (Mutis derecha.)

ESCENA V

MIGUEL, solo

(Se levanta.) ¡Si no volvieras nunca! (Pausa.) ¡Mi padre!... ¡Qué melancolía infinita me envuelve! ¡Qué sed terrible de verdad me ahoga! La verdad, mi verdad, la de mi vida, se ha hundido más allá de la muerte. ¡Más allá!... Estoy enfermo del cuerpo y del alma; más allá, cuando el espíritu esté desencarnado, ya no sentiré todo este dolor de mi carne... «Ser o no ser»—dijo Hamlet.—¡Ah, no! Ser, ser siempre, eternamente, en el espacio y en el tiempo, antes de la muerte, después de la muerte... ¡y más allá! La vida no tiene principio, ni fin. Todo es el dolor de un viaje eterno, de una transformación eterna... de hueso a larva, de larva a mariposa, de mariposa a flor... ¡Y espíritu, espíritu siempre! (Hace el movimiento con la mano de quien se quita un velo de delante de la cara y luego con mucha emoción, viendo al retrato.) ¡Madre! ¡Pobre madre mía ultrajada! Tu alma no ha muerto, no; es, y será siempre... Tu espíritu vive en otro plano, acaso donde todo se sabe... Tu sabes la verdad y el deber... Madre, madre, dime la verdad, madre mía, la verdad, (Cae de rodillas sollozando.) la verdad... (Pausa; unos segundos asi. Se levanta de pronto.) ¡Gracias! Ya no dudo, no... (Va retirándose del cuadro, sin dejar de mirarlo, hasta la derecha.) No... (En voz muy baja.) Ya sé la verdad... ya sé mi deber... sí... madre, sí.... lo juro, descansa, lo juro... (Mutis derecha.)

(La escena sola unos segundos. Para hacer sensible el silencio, un reloj da las tres.)

ESCENA VI

MARTA por la izquierda, viste un salto de cama, luego MIGUEL por donde hizo mutis

MARTA (Saliendo.) Roberto, Roberto... ¡Cómo! (Va a la puerta de la alcoba.) ¿No está? (Muy extrañada se

dirige hacia la puerta de la derecha y cuando llega a ella se detiene viendo aparecer a Miguel.) ¡Jesús!

MIG. No te asustes.

MARTA ¿Levantado, por qué?

MIG. Estoy tranquilo, mira. Ya estoy bueno, ya soy casi feliz..

MARTA ¿Y tu padre?

MIG. ¿Mi padre? Emprendió un viaje del cual ningún viajero ha vuelto todavía....

MARTA Basta ya; te lo ruego, hablo de Roberto, de mi marido, contéstame...

MIG. Salió de aquí hace poco, con Gabriel.

MARTA Estarán en el despacho, voy a llamarlos...

MIG. No; no te vayas, Marta, hablemos.

MARTA ¡Hablar!... ¿de qué, Miguel?

MIG. No de amor por cierto; tu no debes ser madre de pecadores...

MARTA Vamos, siéntate, vuelve en ti; no te atormentes y no me atormentes más; ¿por qué te has levantado?

MIG. Una voz misteriosa me llamó...

MARTA (Inquieta.) Bueno, déjame .. voy por Roberto y Gabriel.

MIG. No, aguarda, espera... Hablemos, hablemos. Es un tema triste lo sé, pero...

MARTA Por piedad, Miguel, piensa en lo que dices; razona...

MIG. No eres buena conmigo; yo te amé tanto ..

MARTA No fué bueno con nosotros el destino. Una fatalidad nos separó y debemos doblegarnos ante esa fatalidad... No insistas. te lo ruego, no insistas, ten piedad de esta pobre mujer a quien abandonaste sin razón y a quien puedes perder. . Te veo tranquilo y por eso te hablo como una amiga. Ten piedad de ti mismo, ten piedad de nosotros... de todos... Por el amor que una vez por mí sentiste, por el dolor de esta ruptura que no puede volverse a soldar, por el recuerdo de tu madre, Miguel, basta, basta ya. Cuídate, sana y vete después a viajar, a otros países, a que otros aires te devuelvan la paz Donde todo sea para ti como el recuerdo de una pesadilla que se desvanece, donde al fin lo olvides todo.,. De rodillas te lo pediré si es

preciso... vete, vete, olvídate de mí, por caridad, Miguel, por compasión.

MIG. ¡Olvidar! ¿Para qué? No, no te impacientes. si no te hablaré de amor, si ya no puedo quererte... Si soy casi feliz.

MARTA ¡Miguel!

MIG. He hablado con mi madre, ¿sabes?

MARTA No digas locuras, tu madre ha muerto, los muertos no vuelven ,.

MIG. ¡Tú que sabes! Ellos no vuelven; pero su espíritu... El espíritu de mi madre ha venido aquí, hoy, ahora mismo...

MARTA ¡Miguel, me das miedo!...

MIG. No te asustes, voy a contártelo todo, óyeme, óyeme... Me dejaron solo; solo con el dolor de mi cuerpo, con el dolor de mi mente, con la sed de verdad en mi corazón... Mi madre, esa, esa... el retrato se hizo corpóreo... descendió... tuvo la compasión que nadie siente por mí, me dijo que Roberto no era mi padre, ¿entiendes? Clamó venganza y...

MARTA Habla, habla...

MIG. Quise huir... Salí... el espíritu adorado y temido me siguió; salió tras de mí por esa puerta, y allí, en la sala obscura, llena de sombras, su voz, una voz extraña, una voz lejana, me gritaba: «¡Venganza, venganza!»

MARTA Miguel...

MIG. No, escucha, escucha, dijo verdad, no estoy loco... En la sala obscura llena de sombras, andando sin ruido sobre las alfombras mullidas, arrastrándose como un sapo, como un reptil asqueroso, llegaba Roberto, el que mató a mi padre, el que me arrebató tu amor, llegó, mirándome con sus ojos fríos, y quiso llamarme hijo, ¡¡hijo!!, pero no, ¡ah, no! yo no le dejé y mis dos manos fuertes, se enlazaron a su cuello, y apretaron, apretaron... llámame hijo, habla... habla... le dije... nada, silencio, silencio eterno... era un trapo, un trapo... nada ..

MARTA ¡Jesús¡ (Retrocediendo espantada.) ¿Muerto?

MIG. Sí, yo lo maté... ¡Ja, ja, ja!... ¡Lo merecía!

MARTA ¡Socorro, Dios mío, misericordia! (Quiere huir.)

MIG. (Persiguiéndola, coge el puñal de Hamlet que está sobre una silla.) Calla... calla... o te haré callar como a él.

MARTA No, has matado a tu padre... ¡asesino!

MIG. (Amenazándola, con el brazo alzado.) ¡¡Calla!!

MARTA (Cae de rodillas.) Piedad, yo callaré; pero no me mates también a mí...

MIG. (Soltándola, retrocede hacia el fondo.) ¿A ti? No, a ti, no; Hamlet no mató a Ofelia; no mató a Ofelia...

MARTA (Viendo el camino libre y huyendo.) ¡Socorro... Gabriel! (Mutis derecha cerrando la puerta. Dentro ya.) ¡Socorro!... (Se pierde su voz.) ¡Socorro!

ESCENA ULTIMA

MIGUEL solo, luego GABRIEL, MARTA y JUANA todos por la derecha

MIG. Vendrán por mí. ¡No importa! Cumplida su venganza, el príncipe Hamlet murió envenenado por la espada de Laertes... Y Laertes no está; pero yo no puedo sobrevivir a mi venganza. Yo debo morir... ¿Morir? ¿Dormir? ¡Soñar acaso! (De espaldas al público ante el retrato de su madre, se hiere.) ¡Madre! (Cae. Abrese la puerta y entran Gabriel, Marta y Juana. Se quedan en la puerta contenidos. Miguel, incorporándose a medias dice:) ¡Hay que saber morir, Horacio! (Gabriel acude a él.) ¿Escuchas?... Son las trompetas... Es Fortimbrás que llega... Dile que el príncipe moribundo le dió su voto: y tú no llores mi muerte Yo abandono esta mísera carne que me envuelve y voy a otra región... más feliz... a ser.. ser siempre... (Muere.)

GAB. (Llamándole.) ¡Miguel!

MARTA (Dándose cuenta, espantada.) ¡Jesús!

(Telón rápido.)

FIN DE LA TRAGICOMEDIA

Obras de Felipe Sassone

NOVELAS

Malos amores. Un volumen. Edición Granada, Barcelona, 1906.

Vórtice de amor. Un volumen. Edición Pueyo, Madrid, 1908.

Viendo la vida. Edición del Cuento Semanal, Madrid, 1908.

En carne viva. Edición del Cuento Semanal, Madrid, 1910.

Un marido minotauro y sentimental. La Novela de Bolsillo, Madrid, 1914.

CUENTOS

Almas de fuego. Un volumen. Edición Pueyo, Madrid, 1907.

VIAJES, CRÍTICA, ETC.

De un errante. Un volumen. Edición Pueyo, Madrid, 1911.

POESÍAS

Rimas de sensualidad y ensueño. Un volumen. Madrid, 1911.

TEATRO

El último de la clase. Comedia en un acto, del teatro para los niños, basada sobre un cuento de Edmundo de Amicis. Príncipe Alfonso, Madrid, 1910.

Vida y amor. Comedia en dos actos, original, en prosa. Coliseo Imperial, Madrid, 1910.

De veraneo. Comedia en un acto, original, en prosa. Coliseo Imperial, 1910.

El grito. Drama en dos actos, original, en prosa. Victoria Eugenia, San Sebastián, 1911.

El miedo de los felices. Drama en tres actos, original, en prosa. Coliseo Imperial, Madrid, 1914.

La muñeca del amor. Opereta japonesa en tres actos, original, en prosa y verso. Música del maestro Manuel Penella. Gran Teatro, Madrid, 1914.

El intérprete de Hamlet. Tragicomedia en cuatro actos, original, en prosa con un prólogo en verso. Teatro de la Princesa, Madrid, 1915.

EN PREPARACIÓN

La piedra de Sísifo. Novela.

La canción del bohemio. La canción de Pierrot y otros poemas. Poesías.

